

Ateneoa

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Enrique Molina: *El derecho de propiedad* □ João do Norte: *La Emboscada* □ Carlos Keller: *Los fundamentos del capitalismo moderno* □ Ernesto A. Guzmán: *Palabras a un incrédulo* □ Alberto Edwards: *La Sociología de Oswald Spengler* □ Humberto Díaz Casanueva: *Canción del Hombre estéril* □ La posición actual en las investigaciones del cáncer □ Tomás Lago: *El pescador arbitrario. El recuerdo constante* □ Rocesín: *Los Eruditos* □ Hombres, ideas y libros: M. Weinstein: *Las investigaciones del Profesor Lapicque* □ Antonio Castro Leal: *Balzac, Dostoyevski y Proust* □ El Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la Plata, Dr. Alfredo L. Palacios, y la censura en España □ Un discurso de José Vasconcelos □ M. P. S.: *Cultura Femenina* □ S.: *En torno al misterio de Juan Orth* □ Libros recibidos □ □

29 NOV.



Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Junio 30 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

JUNIO 30 DE 1925

NÚM. 4

Enrique Molina

El derecho de propiedad

SU ORIGEN, TRANSFORMACIONES Y LIMITACIONES

QASI no hay manifestación de la vida individual y social en cuyas modalidades no se deje sentir la influencia de la propiedad. La organización de la familia se ha mostrado siempre ligada a alguna forma de propiedad que la ha determinado en gran parte. Las instituciones políticas tienen como un estrato básico constituido por las maneras que presiden a la distribución de la riqueza. No ha sido posible el desarrollo de una verdadera democracia antes de la consolidación de una clase media asentada en el florecimiento de la industria y el comercio. Los regímenes aristocráticos han coincidido con la existencia de latifundios concentrados en el dominio de relativamente pocos magnates y grandes propietarios. Taine ha sinteti-

zando el sentido de la revolución francesa, diciendo que su rasgo esencial fué un cambio de manos de la propiedad. Hasta en las cuestiones político-religiosas corre como un *leitmotiv* poderoso inmerso bajo la apariencia de las cosas, el interés de las riquezas. Es una de las principales razones de las dificultades que entraña el problema de la separación de las iglesias y del Estado.

* * *

Vamos a estudiar la propiedad principalmente a la luz de la psicología, de la historia, de la etnografía y de los datos que nos ofrece la vida contemporánea. Decir de ella que tiene un origen divino es darle la base deleznable de una afirmación gratuita. No lo es menos afirmar que sea un derecho natural. La propiedad es un hecho natural que toda organización jurídica debe respetar en alguna forma, invistiéndola del carácter de derecho.

Antes de que tome la propiedad la nitidez de un concepto o los claros contornos de un derecho, se presenta con toda la fuerza del instinto y del sentimiento, forma en que la encontramos ya en los animales y en los niños. En su aspecto más primitivo, es un mero derivado del instinto de conservación. Los animales defienden su alimento, una presa, como cosa propia, con acometividad bastante respetable.

Luego da el animal un paso más. De defender el alimento que en un momento dado necesita para su nutrición, avanza a defenderlo y preservarlo, aunque en el instante no lo requiera. En su campo imaginativo aparece la representación de que eso que ya no apetece por estar satisfecho, puede servirle para aplacar su hambre en días venideros. Así vemos que el perro guarda huesos y trozos de pan y de carne. El sentimiento de la propiedad pasa de actual e inmediato a proyectarse en el porvenir: se hace representativo e ideal.

No se puede negar que este es un rasgo digno de la previsión humana.

Pero el animal necesita algo más que alimentos y extiende su sentimiento de la propiedad a la guarida que lo cobija, en especial si es permanente. Todos hemos hecho la experiencia de que no es muy prudente tratar de arrojar aún a los animales domésticos del lugar en que acostumbran reposar. Las hormigas consideran propiedad colectiva de ellas las galerías que construyen, los agujeros que dan entrada a las mismas y todo lo que depositan en ellas. Los animales carnívoros defienden su territorio de caza contra la invasión de nuevos concurrentes.

Es de observación corriente lo que ocurre al respecto con los niños. En los de las clases acomodadas no se manifiesta el sentimiento de la propiedad en cuanto al alimento estrictamente dicho, porque éste muchas veces hay que dárselo por la fuerza, pero sí en cuanto a frutas, dulces, golosinas y juguetes. Además, ¡cómo defienden los pequeños lo que estiman de su propiedad y cómo tienden a apoderarse de cuanto objeto les interesa! Son absorbentes y sin ninguna consideración para con otras personas.

Pasando al reino de los hombres, encontramos natural que todo individuo que haya trabajado para proporcionarse o modificar los objetos que sirven a la satisfacción de sus necesidades, los retenga como una cosa propia. Sólo por la fuerza se desprenderá de ellos y se considerará víctima de una extorsión. En términos generales y sin perjuicio de las conclusiones a que llegaremos más adelante, cabe decir desde luego que la convivencia social exige el respeto de alguna forma de propiedad individual. Cada cual se halla interesado en respetar la propiedad de su vecino para que le respeten la suya. Este estado de alma colectiva entra a ser algo orgánico y consubstancial a las instituciones de la sociedad. Es lo que D'Aguiar ha llamado el paso del sentimiento egoísta de la propiedad al sentimiento ego-altruista (*).

Don Valentín Letelier niega que haya habido muestras de propiedad individual en las sociedades más atrasadas, porque la

(*) Génesis y evolución del derecho civil.

etnografía no permitiría sostener esa manera de pensar (*). Aristóteles atestigua que en su tiempo había varios pueblos entre los cuales eran comunes los frutos de la tierra, y, según Strabón, para los escitas, exceptuadas la copa y la espada, todo era común, inclusive las mujeres y los niños.

De los araucanos, dice Guevara que tenían un sentimiento muy débil de lo mío y lo tuyo, que todo lo producían y consumían en común y que entendían que pertenecían a la tribu los alimentos, los útiles de caza y de pesca, las pieles y las armas.

Oviedo dice de los indígenas de la Española que todo cuanto tenían era de propiedad común. Muchos viajeros han encontrado la comunidad sólidamente establecida en pueblos contemporáneos.

De los fueguinos, afirma Darwin que no parecen tener noción alguna de la propiedad. Si se obsequia a uno de ellos una tela, al punto la dividen en girones para repartirla entre todos los presentes.

Nordenskiöld dice de los indios del Chaco que viven en el más completo comunismo. Si se dan dos camisas a uno de ellos, de fijo cederá una y acaso las dos a cualquier compañero. El individuo a quien se regala una prenda de vestir, nunca la lleva por más de un día; al día siguiente la lleva otro; al subsiguiente un tercero, y así sucesivamente.

Hechos análogos se han observado entre los indígenas de Australia. «Dan sus armas y utensilios y hasta su misma capa, por manera que más de una vez vimos pasar a manos de seis o siete distintos dueños, en el sólo espacio de tres o cuatro días, una camisa que habíamos regalado a uno de ellos».

Entre los pieles rojas se guardaban en depósitos comunes, bajo la custodia de una mujer, todas las provisiones,—sea que provinieren de la caza, de la pesca, de la agricultura o del comercio—y en seguida se las iba repartiendo a medida de las necesidades de cada cual.

Pueblos hay que han vivido bajo el régimen de la comunidad

(*) Génesis del Derecho. Cap. de la propiedad.

hasta grados relativamente altos de civilización. Así se mantuvo el principado de Montenegro hasta 1888. Sin duda hacia aquella época había ya mucha propiedad individualizada; pero que originariamente debió de ser universal la comunidad, bien lo deja adivinar el hecho de que el patrimonio de cada familia, inalienable e indivisible, se compusiera de todos los bienes hereditarios sumados con todos los adquiridos. Por primera vez, el Código Civil, promulgado aquel año, autorizó la división y la enagenación de la propiedad familiar.

¿Qué consecuencias claras podemos sacar de los hechos apuntados?

No es dado negar que en sociedades primitivas haya predominado como régimen imperante la comunidad de bienes; pero suponer este modo de vivir universal y absoluto en un momento dado, sería ir demasiado lejos. Es lo más probable que en todo caso alguna porción de bienes, principalmente muebles, haya sido materia de propiedad individualizada.

* * *

La anterior afirmación nos indica al mismo tiempo también sobre qué cosas recayó primeramente el derecho de propiedad. Estas no pudieron ser otras que los objetos muebles: cuchillos y hachas de piedra, mazas, utensilios también de piedra, de hueso o de madera, pieles para cubrirse, etc. Han sido igualmente de propiedad privada de un matador los cráneos de los enemigos muertos por él.

La propiedad de la tierra aparece después. No es posible concebir una verdadera apropiación del suelo si no se le cultiva o si no se construyen cabañas en él; y en un grado menos preciso, si no se tienen ganados. El derecho que de estos trabajos resulta se manifiesta con caracteres de colectivo o individual, según sea la labor hecha en común o por cada particular por cuenta propia.

Entre los comanches y colombinos de Norte-América, cuyos territorios pertenecen colectivamente a las tribus, los muebles,

como ser las canoas, los utensilios y armas de caza y de pesca, las pieles y los esclavos corresponden al dominio privado. Lo mismo se ha observado tanto entre los esquimales como en los indígenas del Brasil.

Entre los hotentotes, los cafres y poblaciones del Africa Ecuatorial, no se conoce más propiedad individual que la mueble, y cuando se dice de un cacique que es rico, se entiende en mujeres, esclavos y ganados.

Cuando la Biblia enumera la riqueza de los patriarcas, menciona sus siervos, su ganado, sus camellos, su plata y su oro, no sus tierras.

En la Roma primitiva se decía *familia pecuniaque* para significar la suma de los bienes de una persona, y esta expresión que literalmente se traduce por *esclavos y ganados*, denota que en los primeros siglos, cuando la propiedad inmueble era sin duda gentilicia, la riqueza particular era exclusivamente mueble.

El mismo pueblo llamó a la riqueza *capital*, por efecto de la costumbre de contar para calcularla las cabezas (*caput*) de ganado. A la porción de bienes que se sustraía de la propiedad doméstica para constituir la propiedad del hijo o del esclavo, dió el nombre de *peculio* que etimológicamente significa *porción de ganado*.

En parte alguna, dice Letelier, son acaparadas simultáneamente por el dominio particular todas las cosas muebles. Los esquimales y los indígenas de Australia no reconocen más propiedad individual que la de las armas, vestidos, adornos y ciertos utensilios de uso personal; todos los demás, la tierra, sus frutos, el producto de la caza, el botín de guerra pertenecen colectivamente a la tribu.

En la antigua Grecia, mientras los instrumentos de labranza y las bestias de servicio formaban parte de la heredad doméstica, cada cual era dueño exclusivo de las cosas muebles que adquiría con su trabajo.

Simultáneamente con la propiedad mueble, o un poco después, ha aparecido la propiedad ejercida sobre las personas. No podemos hacer otra cosa en estos momentos que mencionar

la esclavitud. Pasar a ocuparnos de ella nos haría entrar en una digresión que, por su magnitud, nos apartaría de la línea esencial de este estudio.

A la mujer, fuera de tener que sufrir como el hombre la esclavitud propiamente dicha, le ha tocado a menudo ser tratada como mera propiedad del varón, por el hecho sólo de ser mujer.

En todos los pueblos de baja cultura la mujer es mantenida por lo general subyugada. Antes de casarse vive bajo la autoridad absoluta del padre o del hermano mayor, y después de casada es la propiedad de su marido. Se comprende fácilmente que esto ocurra, desde el momento en que en esos pueblos el matrimonio se celebra casi siempre por medio de un contrato de compra-venta.

La muerte de las viudas en la India significa una aplicación del derecho de propiedad. Tal como en la defunción del amo se entierran con él sus armas, y se le matan un caballo y un esclavo para que vayan a servirle en la otra vida, de igual suerte y por análogas razones se sacrifican otros de los seres de su propiedad, sus mujeres.

Entre las causas de la dominación del hombre sobre la mujer, se encuentran las diferencias con que se presenta en ellos el impulso sexual. Al hombre, como a todo el sexo masculino en el orden animal, le corresponde la parte activa. La mujer es pasiva. A ella le toca ser dominada. Ella estima la fuerza y vigor en él y se somete a estas cualidades.

También depende el estado femenino, en las sociedades primitivas, de las condiciones económicas. Donde la mujer no puede coadyuvar a proporcionar los elementos de vida, cual ocurre en los pueblos que viven de la caza, es mirada como una carga y vive más sometida. Donde se alimentan de raíces y de la pesca, ella puede ayudar y es rodeada de consideraciones. En los pueblos pastores ella no presta tantos servicios como entre los agricultores y su situación varía de acuerdo con estas circunstancias.

Sin embargo, no faltan tampoco excepciones que les restan a estas afirmaciones el carácter de absolutas.

* * *

La apropiación de la tierra comienza ya en los grados ínfimos del desarrollo social. Cuando la Biblia cuenta la disputa trabada entre los pastores de Lot y los de Abraham por unos terrenos, la leyenda refleja muy bien aquel estado social en que empieza la apropiación del suelo que debió ser en un principio necesariamente *colectiva*. No otra cosa es lo que certifica Strabón cuando dice que la causa más frecuente de guerra entre los trogloditas era la posesión de las pastadas.

En los principios de la vida sedentaria, cuando los pueblos viven todavía del pastoreo y de los frutos espontáneos de la naturaleza, las condiciones económicas de la vida pastoral imponen el goce común de todo el territorio nacional, en forma que se puede llevar desembarazadamente el ganado de una a otra comarca a medida que en cada una se va consumiendo el forraje. Cuando ellos adoptan de lleno la agricultura, los hábitos adquiridos mantienen la comunidad sin darse cuenta de que el cambio del estado social la ha hecho innecesaria.

Entre los aztecas las tierras pertenecían a los *calpullis* y no eran susceptibles de apropiación individual. En Tlascala, Cholula y otros pueblos del antiguo México, las heredades, dice Herrera, no constituían propiedades individuales sino propiedades gentilicias porque no pertenecían a los particulares sino a los linajes.

En el Imperio Incásico las tierras se dividían en tres porciones: una para el sol, otra para el inca y otra para la comunidad.

El régimen de la comunidad impera todavía entre los comanches y los iroqueses de la América del Norte; entre los bechuanas, los damaras, los cafres y los congueses del Africa; entre los afganes; en la Corea, etc.

Julio César dice de todos los germanos que ninguno poseía terrenos en propiedad y que anualmente los magistrados les re-

partían lotes para que con su cultivo proveyeran a sus necesidades,

Estaba arraigado en todos los pueblos clásicos el convencimiento de que primitivamente no había existido la propiedad agrícola, como lo prueba el hecho de que en cada uno de ellos se conservaran recuerdos de que este régimen se había instituído por medio de repartos de tierra. Por otra parte, como lo observa Sumer Maine, cuando los jurisconsultos romanos enseñaban que el dominio se había derivado originariamente de la ocupación, sin lugar a duda dejaban entender también que a su juicio la propiedad no era tan antigua como el linaje humano. A estas presunciones más o menos plausibles, se agrega el hecho positivo de que durante varios siglos de la historia, hasta que las clases superiores se adueñaron de todo el territorio por obra de insensible usurpación, la propiedad colectiva, cuyo titular era el Estado o sea la ciudad, ocupaba una extensión incomparablemente mayor que la propiedad privada.

Cuando en los pueblos clásicos, dice Letelier (*), sólo vemos la propiedad individual, sufrimos un error de óptica. Fuera de los núcleos superiores de la civilización antigua, que fué naturalmente donde más se adelantó la individualización de la propiedad, *el régimen de la comunidad agrícola subsistió durante siglos.*

La filología acaba de corroborar la inexistencia de la propiedad agrícola en la época primitiva de los pueblos antiguos, porque el griego y el latín arcaicos, así como el hebreo, el éusquero, el germano, y el anglo-sajón, anterior al rey Alfredo, carecen de palabras para designar esta institución.

En conclusión, la comunidad territorial predomina en todos aquellos pueblos, antiguos o modernos, que viven de la caza, de la pesca o del pastoreo y tanto por efecto de la inercia y del hábito, cuanto por causa de la inseguridad de la vida ais-

(*) Obra y capítulos citados.

lada, el mismo régimen suele subsistir hasta largo tiempo después de adoptada la agricultura.

Las instituciones fundamentales que han ejercido influencia durante mucho tiempo en la vida de los pueblos, desaparecen sólo paulatinamente. Las cosas nuevas que vienen marchan sobre las huellas de las antiguas que de esta manera siguen viviendo en la forma que imponen al porvenir.

Tal ha ocurrido con las comunidades primitivas, de suerte que donde quiera han desaparecido, suplantadas por la propiedad individual, han persistido sin embargo signos supervivientes de su anterior florecimiento.

Así, en ciertos pueblos antiguos la enagenación de un terreno a persona extraña al villorrio no podía efectuarse sin el consentimiento de todos los habitantes. Este requisito acusaba una clara supervivencia de la comunidad.

En Francia, en Alemania, en Austria, en Italia, particularmente en Cerdeña, donde la propiedad está plenamente individualizada, se conservan hasta hoy algunos predios, selvas, praderas, terrenos de sembradío, viñas, bajo el régimen de la posesión inalienable y del goce colectivo, aunque jurídicamente su dominio se entienda pertenecer al Estado o al Cabildo Local.

Los que en Suiza se denominan *Allmenden* son predios de goce colectivo.

En España, especialmente en Aragón, Navarra y provincias vascongadas, quedan hasta nuestros días muchos y muy ricos predios de goce colectivo. Los famosos *ejidos* y *dehesas*, que tanta importancia tuvieron siempre en la vida local de la península, son propiedades de la misma clase, porque en verdad no pertenecen al Cabildo o Ayuntamiento, mucho menos al Estado, sino a los pueblos respectivos.

Esto comprueba que todas las propiedades individuales se han formado desgajándose de la colectividad.

* * *

Antes de entrar a tratar de la individualización de la propiedad, conviene ocuparse de las redistribuciones agrarias.

Originariamente se establecen las distribuciones agrarias por efecto del general, inevitable y periódico agotamiento de los terrenos de sembradío; agotamiento que impone a los comuneros el cambio frecuente de paraje y un nuevo reparto a cada cambio.

Los hebreos creían que las tierras pertenecían al Señor y que los hombres no eran más que simples poseedores. De aquí que Moisés repartiera las tierras a su pueblo con la obligación de devolverlas al cabo de cincuenta años. No era permitido que los bienes salieran fuera de la tribu ni que el dominio fuese perpétuo.

Entre los dálmatas, cada ocho años se hacía un nuevo repartimiento de tierras. Otro tanto ocurría, según Diodoro de Sicilia, entre los habitantes de las Cícladas, de Tenedos, de Lesbos y de las islas próximas.

Aristóteles dice que en la Magna Grecia, en Tebas y en Leucas había que conservar el número primitivo de las propiedades, lo que indica la existencia de una antigua repartición.

En el Perú se repartían todos los años las tierras asignadas al pueblo.

En nuestros días, se redistribuye en Java la tierra cada dos o tres años.

Según Laveleye, hasta hoy mismo se encuentran en Cerdeña propiedades colectivas cuyo común aprovechamiento está garantizado por la redistribución anual de la tierra.

D. Joaquín Costa encontró establecidas las distribuciones agrarias por sorteo en el partido de Sayago, provincia de Zamora. Cada tres años entran en suerte para recibir una labranza, todos los vecinos, desde el párroco hasta el bracero.

Las mismas prácticas observó Serrano en las provincias de Burgos, Soria y Logroño. Las redistribuciones agrarias tienen

por objeto mantener la igualdad de los copropietarios en el aprovechamiento de la tierra, impidiéndoles monopolizarlas. A diferencia de los registros conservadores de bienes raíces, dice Letelier, que se instituyen bajo el régimen de la propiedad individual para garantizar su monopolio, las redistribuciones se han establecido bajo el régimen de la propiedad común con el propósito inverso, cual es el de garantizar su goce colectivo.

* * *

¿Cómo se operó en seguida el paso de la propiedad colectiva a la privada, que se presenta como familiar primero e individual por último?

Según D'Aguanno, habría que buscar el origen de esta transformación en la conquista e introducción de las castas. Era natural que los vencedores se apropiasen, fuera del botín, de las mejores tierras para explotarlas por su exclusiva cuenta. La guerra, que destruía la igualdad entre los individuos, creaba las clases de los vencedores y de los vencidos, o de los señores y esclavos, hacía surgir a la vez las categorías de los propietarios absolutos del suelo y la de los meros cultivadores. Por supuesto que las castas sacerdotales han sabido hacerse adjudicar siempre una buena parte de las tierras conquistadas. En el Código de Manú se dice que todo lo que el mundo encierra es de propiedad de los brahmanes y que sólo por generosidad de éstos disfrutan los demás hombres del goce de los bienes terrenales. Se ve por este rasgo a qué desvaríos puede conducir la exageración del régimen de las castas.

Pero hay otro factor más importante que tomar en cuenta en la individualización de la propiedad: el trabajo.

Seguramente cuando se introdujeron diferencias en los cultivos y cuando se comenzó a abonar las tierras sin dejarlas descansar ningún año, las distribuciones territoriales debieron ir verificándose en períodos de tiempo cada vez más largos, hasta que desaparecieron del todo. Al llegar a este momento, cada una de las porciones de terreno perteneció en propiedad ex-

clusiva a la *familia* que la había recibido en su origen y a sus descendientes.

Las familias fueron emancipándose y sustrayéndose cada vez más al poder absorbente del jefe de la tribu, de suerte que la asociación no pudo considerarse ya como una gran familia, sino como un agregado de familias, que juzgaban tener una descendencia común, pero cada una de las cuales gozaba de autonomía propia.

Si una familia iba a establecerse fuera del círculo de territorio poseído en común y cultivaba un pedazo de terreno, lo circundaba de un foso y recogía sus productos, nadie la molestaba. Esto ha acontecido hasta en los tiempos históricos entre los germanos y hoy mismo sucede en la isla de Java.

Autores fidedignos acreditan que en ciertas comarcas bañadas por el Orinoco, donde la tierra pertenece a la tribu, cada cual es dueño de cultivar para sí los terrenos que encuentre vacantes y *mientras los cultiva* procede a la manera de un propietario soberano a quien nadie disputa su derecho. En Java y en Sumatra, el que pone en cultivo una parte cualquiera del campo puede gozarlo por tiempo indefinido y aún transmitirlo hereditariamente como si fuese un propietario particular.

El perfeccionamiento de la agricultura abre la puerta a la apropiación individual porque incorporando en la tierra más y más esfuerzos, interesa al comunero en el mantenimiento perpetuo de la posesión.

Fué también por efecto de la acción monopolizadora del trabajo, como los *possessores* romanos se transformaron a la larga, esto es, mediante la prescripción, en verdaderos propietarios.

Por obra de la misma virtud individualizadora del trabajo, la propiedad de los predios urbanos se individualiza antes que la de los rurales y la de los edificios antes que la de la tierra.

Pero, como ya hemos dicho, una vez disuelta la comunidad, la propiedad quedó radicada primeramente en la familia y el individuo permaneció absorbido por ésta.

«Las Leyes» de Platón, que no son en gran parte más que un comentario a la legislación ateniense, nos ofrecen un trasunto fiel del ambiente de opinión que al respecto imperó un tiempo en su patria. Supone que un hombre en su lecho de muerte reclama la facultad de testar y exclama: «¡Oh dioses! ¿no es bien duro que yo no pueda disponer de mis bienes como quiera en favor de quien me plazca, dejando más a éste, menos a aquél, según la adhesión que me hayan mostrado?» Y el legislador responde a este hombre: «¿Te toca a tí, que no cuentas ni con un día más de vida, que eres una sombra pasajera, decidir tales asuntos? Tú no eres el señor ni de tus bienes ni de tí mismo; tú y tus bienes pertenecéis a la familia, es decir, a tus antepasados y a tu posteridad».

Por vía de graduales transacciones llegó después a permitirse la enagenación de la propiedad fuera de la familia, transacciones que pueden estudiarse perfectamente tanto en la historia de la propiedad en Roma como en la de los testamentos.

En efecto, en un principio se permitió al *pater familias* enagenar sus bienes sólo cuando hubiera obtenido el permiso para ello de los comicios, convocados con este objeto. Tal convocatoria de los comicios indica claramente el antiguo derecho de todos en la comunidad y más especialmente el derecho de los agnados para oponerse a las enagenaciones que pudieran lesionar los intereses de la familia. Y cuando más tarde no fué ya necesaria la convocatoria de los comicios para validar los actos de enagenación, la propiedad inmueble se transfirió por medio de ceremonias simbólicas destinadas a asimilarla a la propiedad mueble. No era otro el objeto de la forma solemne de la *mancipatio*. La transferencia se efectuaba en presencia del *libripens*. Así quedaba indicado que se trataba de una cosa mueble que podía pesarse. Y con asistencia de cinco testigos, que representaban las cinco clases en que había sido dividido el pueblo romano, con lo que se denotaba el asentimiento de los comicios.

Durante la Edad Media, la propiedad doméstica estuvo difundida por toda Europa. Para mantener incólume el patrimonio de cada familia, la mujer había sido excluída de la herencia. Cuan-

do alguien quería vender sus derechos, debía ofrecerlos en primer lugar a sus consanguíneos; y si los vendía a un extraño, cualquiera persona de la familia podía ejercer dentro del año el derecho de retracto.

En aquellos siglos tuvo mucha importancia jurídica la clasificación que distingue bienes patrimoniales y bienes adquiridos. De los adquiridos podía el dueño disponer casi libremente; no así de los patrimoniales que estaban vinculados a la familia.

Entre los bienes patrimoniales debemos incluir las propiedades enfeudadas.

En muchos pueblos, según la historia más o menos legendaria, la acción de los gobernantes y reformadores habría contribuido de manera eficaz a individualizar la propiedad, secundando la acción de las causas sociales y económicas que ya habían provocado el proceso de individualización. Así es como se atribuye este hecho a Solón en Atenas, al faraón Amasis en el Egipto y a la dinastía de Tin en la China.

Este breve cuadro que hemos presentado de la génesis y desarrollo del derecho de propiedad, puede parecer tal vez demasiado esquemático. Sin duda lo es; pero nosotros lo ofrecemos sólo como un trasunto aproximado de una realidad complejísima.

* * *

El derecho de propiedad individual llegó en su crecimiento a momentos de esplendor en que se le concibió de una manera ilimitada. En Roma fué estimado como un derecho que confería la facultad de usar y abusar *uti et abuti*, de la cosa sobre que recaía. La Declaración de los Derechos del Hombre, evangelio de la gran revolución francesa, y el Código de Napoleón se inspiran en los mismos conceptos ultraindividualistas de la propiedad, la declaran un derecho inviolable y sagrado y marcan con esto los puntos culminantes de su veneración en los tiempos modernos.

«El Código de Napoleón, dice Cosentini, que vino a sancio-

nar y afirmar los derechos de la burguesía dominante, declara expresamente que el grande y principal objeto del Código es regular los principios y los derechos de la propiedad. El Código de Napoleón hace en efecto de la propiedad la base de la organización familiar y contractual del mismo modo que lo era ya de la organización política. La intención de proteger la propiedad, de asegurarle el máximo de los derechos y el mínimo de los deberes y de asignar así a la burguesía el más alto grado de poder y de fuerza, resulta de cada disposición de este Código» (*).

Todos los códigos modernos serían también, según el autor recién citado, nada más que la expresión fiel de los privilegios de clases, un conjunto de minuciosas disposiciones relativas a la propiedad; a la que se rodea de todas las precauciones, de todas las protecciones posibles y sobre la cual se quiere cimentar la organización social.

En nuestro Código Civil Chileno domina asimismo en parte la concepción individualista y románica del derecho francés napoleónico. Dice que «el dominio es el derecho real en una cosa corporal para gozar y disponer de ella arbitrariamente», lo que significa un trasunto del «uso y abuso» de los romanos; pero agrega en seguida «no siendo contra ley o contra derecho ajeno», condición que deja margen a la posibilidad de ciertas limitaciones.

Se nos ocurre que en el énfasis gastado, por la revolución y el código francés, en defensa de la propiedad se ha manifestado no sólo el triunfo de la burguesía, sino también la necesidad de reaccionar contra los abusos del antiguo régimen. Basten dos ejemplos. En tiempos de Luis XIII (1629), se promulgó una ordenanza que concedía al monarca el señorío sobre todas las tierras del reino. Durante el gobierno de Luis XIV, habiéndose agotado los recursos del erario, los cortesanos propusieron explotar el dominio eminente que el rey tenía sobre todas las tierras y que se impusiera un diezmo real a todos los bie-

(*) F. Consentini, La Ref. de la Legislación Civil y el Proletariado.

nes de los particulares y de las comunidades. Como al rey mismo le entraran escrúpulos, unos cuantos jurisconsultos, doctores de la Sorbona, declararon en esta ocasión que al monarca le pertenecían todos los bienes de sus súbditos, y que cuando disponía de ellos, disponía de lo que era suyo. Así nació el famoso edicto de 1692.

* * *

La propiedad ha sido siempre objeto de críticas e impugnaciones más o menos violentas. Antes que Prudhon, los padres de la Iglesia la habían infamado calificándola de robo. San Ambrosio había dicho: «La naturaleza ha establecido la comunidad; la usurpación la propiedad privada». Y San Clemente: «En justicia todo debiera pertenecer a todos; es la iniquidad la que ha hecho la propiedad privada». ¿Y no son de todos conocidas las palabras de Jesús de que «pasará un camello por el ojo de una aguja antes que un rico se salve»?

Los comunistas y los colectivistas tienden a la supresión más o menos total de la propiedad. Los socialistas propiamente dichos no van tan lejos como los comunistas y colectivistas, aunque no es fácil establecer líneas claras de demarcación entre unas doctrinas y otras.

Como concepción típica en esta materia, vamos a indicar lo que ha pedido el eminente profesor Antón Menger, de la Universidad de Viena. Menger es socialista de Estado. Distingue tres clases de bienes, a saber: bienes de consumo (alimentos, trajes, etc.); bienes de uso (habitación, útiles, instrumentos de trabajo); y bienes que constituyen medios de producción (terrenos, fábricas, minas).

Reclama Menger para cada una de estas clases de bienes tratamientos jurídicos diferentes. Querría él que en lo relativo a los bienes de consumo la propiedad privada se conservase en sus esenciales disposiciones, porque la investigación del Estado implicaría en este terreno una ingerencia demasiado minuciosa y mezquina en la vida privada de los individuos.

En cuanto a los bienes de uso, distingue los susceptibles de empleo simultáneo por un número ilimitado de personas sin que resulte ningún impedimento mutuo (calles, plazas, puentes, puer-
tos), de aquellos cuya misma naturaleza exige un empleo exclu-
sivo por particulares o por familias (casas, muebles, etc.). El
derecho de uso de estos bienes debería siempre asignarse al
individuo por el Estado o por elementos oficiales.

Los medios de producción, en fin, los constituyen aquellos bie-
nes cuya función normal es producir — con o sin el concurso
del hombre — bienes nuevos, o servir a la distribución de los
existentes.

La propiedad privada de los medios de producción favorece
a grupos reducidos de personas, permitiéndoles de una parte
obtener ingentes beneficios sin trabajo, o con muy poco esfuer-
zo, y de otra, ejercer dominación económica sobre sus conci-
dadanos. Es una institución que establece y justifica la explota-
ción del hombre por el hombre. Según Menger, la propiedad
de los medios de producción debe pertenecer exclusivamente al
Estado y a los cuerpos oficiales.

Las ideas de Menger son las mismas o muy análogas a las
que algunos escritores y sociólogos han propagado sustentando
«la socialización de la propiedad». Tal es el programa del so-
ciólogo norte-americano Lester F. Ward y tal es el remedio
propuesto para resolver la cuestión social por Luis Hein en su
libro «La Cuestión Social desde el punto de vista filosófico» (*).
William Godwin, que publicó en 1793 sus «Investigaciones so-
bre la justicia política», fué un precursor de estas tendencias y
también lo fué en parte Stuart Mill a mediados del siglo pasado.

Sin confesarse socialista, pero siéndolo en el fondo, se ha
levantado en los últimos tiempos, frente a la teoría individualis-
ta de la propiedad, la que ve en este derecho el ejercicio de
una función social. El preconizador más caracterizado de este
nuevo concepto de la propiedad ha sido el profesor francés
M. León Duguit.

(*) Edición francesa.

En la hora actual cuesta concebir la propiedad de otra manera. Ya no es el derecho que se confiere al propietario de usar y abusar, en forma que podía ser más o menos caprichosa, de la cosa de que es dueño. Se entiende que el Estado tiene la facultad de poner a este derecho todas las limitaciones que el interés social o general reclame.

Así tenemos las que se imponen al propietario de predios urbanos por razones de higiene, de belleza y para evitar molestias e incomodidades a los vecinos. Las que prescriben que puede y debe haber lugar a la expropiación de un inmueble, fuera de las conocidas razones de utilidad pública, cuando el propietario hace de sus fundos un uso que no corresponde a los fines sociales, esto es, cuando los deja en parte improductivos. Nos parece esta idea de difícilísima aplicación directa en la práctica. Tal vez no se presenta otra manera de realizarla que la del impuesto progresivo a la gran propiedad, tal como se ha establecido en Uruguay y creemos que igualmente en México, para coadyuvar al proceso destructor de los latifundios.

Tenemos aún las limitaciones en cuanto al uso de los bosques por lo que contribuyen al bienestar general y las que resaltan del impuesto progresivo sobre la renta y las herencias.

Tiende asimismo a la modificación del régimen individualista la municipalización de algunos servicios, como ser de luz, tracción, aseo, teléfonos, etc.

Paralelo a este proceso e inspirado en similares fines de justicia social, encontramos el que llevan a cabo las instituciones de crédito fundadas por el Estado o por cooperativas con el fin de facilitar la adquisición de propiedades inmuebles a las personas de escasos recursos.

Todos tenemos noticias de los gigantescos experimentos sociales que se vienen haciendo en Rusia desde la gran guerra. A propósito de lo ocurrido con la propiedad de la tierra en Rusia, dice Caillaux: «En lo que concierne a la propiedad de la tierra es indiscutible, por muchos sofismas que se aporten, que el sistema comunista ha fracasado completamente, no a causa del bloqueo y de las guerras, sino porque Lenin y sus

amigos han necesitado, para llegar al poder y sostenerse en él, apoyarse en los campesinos, cuya ayuda conquistaron, prometiéndoles las tierras. Proclamaron al principio que no se las habían dado sino temporalmente y sin duda esperaban que de un modo gradual podrían convertir a los mujiks a sus ideas. Todos estos cálculos, si fueron hechos, han caído derribados. No sólo han debido los bolcheviques dar definitivamente los latifundios de la nobleza a los campesinos, sino que tuvieron que aceptar la abolición de la propiedad colectiva que en los tiempos del zarismo existía ya en Rusia... Los hombres que tomaron el poder en Petersburgo en 1917, han vuelto a hacer lo que hicieron nuestros constituyentes y nuestros convencionales: han dado la tierra al campesino. Gran reforma seguramente; pero ajena, si no opuesta, a sus doctrinas* (*).

También sabemos de los vientos favorables a la socialización de los capitales que han soplado en el propio parlamento británico. Pero carecemos de datos suficientes para dar un juicio acertado sobre estos acontecimientos y la suerte que les depara el porvenir. Sólo el proselitismo, por uno u otro lado, puede atreverse a lanzar afirmaciones que pretende definitivas. La justicia social seguirá realizándose según las modalidades, cultura y preparación de cada pueblo.

El derecho de propiedad debe ser garantizado como protección a la iniciativa individual, resorte irremplazable de la vida. Esto no significa que sea necesario el derecho tal como se le concibe en una sociedad determinada, porque en lugar de esa forma puede llegar a establecerse otra mejor. Existe el derecho como fruto de necesidades psíquicas y sociales, pero en función de esas mismas necesidades se transforma.

El derecho de propiedad es como la garantía de una superestructura que sirve para asegurar al individuo la plenitud de su desarrollo espiritual y físico. Se comprende que dentro de una mala organización social, algunos puedan tener más de lo que necesitan y otros mucho menos.

(*) *J. Caillaux*,—¿Adónde va Francia, adónde va Europa? Págs. 144, 145.

Aquí tocamos el problema de la desigualdad. La igualdad es un secular ensueño humano. Pero la naturaleza no es igualitaria. Entre los hombres hay toda clase de desigualdades.

Mas la sociedad tiene que poner un interés vital en que la desigualdad no se tiña de injusticia, velando con energía porque imperen los dictados de la igualdad en la única esfera en que es posible, en la de las oportunidades.

Los grandes ideales de la justicia social vienen a encontrar así una concretación razonable en la realización de la igualdad de oportunidades, problema que tiene que ver no sólo con la reorganización del régimen de la propiedad, sino también con la difusión de la educación pública en todos sus grados.

En conclusión, creemos poder definir el concepto de la propiedad individual dentro de las proposiciones siguientes:

1.^a Como el derecho que tiene el hombre a disponer del producto de su trabajo espiritual y físico. En estos términos quedan comprendidas la propiedad literaria y artística y la propiedad de los inventos.

2.^a Como el derecho a disponer del producto del trabajo de los demás en las dos muy diferentes formas siguientes:

a) Trasmitado por donación o por sucesión por causa de muerte; y

b) Obtenido por la organización o explotación del trabajo de los demás.

Estos casos pueden conducir en verdad a conclusiones monstruosas, y este es principalmente el campo que queda abierto a la acción de las reformas inspiradas en la justicia social.

3.^a Como el fruto del hallazgo.

Todas las formas indicadas deben hallarse, por supuesto, sujetas a las limitaciones de que hemos hablado hace poco, que señale la ley inspirada en el interés general.

João do Norte

La Emboscada

João do Norte es el pseudónimo de Gustavo Barroso, uno de los espíritus dilectos del Brasil contemporáneo. Pertenece a la Academia Brasileira de Letras, de la cual es secretario; tiene una singular vida política; y es un gran amigo de Chile, tanto, que prepara actualmente una serie de conferencias sobre nuestra literatura. He aquí la causa inmediata,—ya que la permanente sería la de su valer indiscutible como escritor,—de que hayamos pedido a nuestro colaborador Mariano Latorre la traducción del sobrio y vigoroso cuento que damos a continuación.



A pesar de haberle prevenido con pruebas inequívocas, sus buenos amigos, de que Ignacio de Albuquerque había puesto asesinos en el transcurso que debía recorrer del Umary al Iguatá, Esteban Matos no desistió de la resolución que había tomado. Ir hasta aquella ciudad del interior, cruzando el desierto inhospitalario, significaba para él un compromiso de honor. Había prometido a la firma Ricarte

Hermanos saldar sus deudas el día 30 del mes. Sus negocios de ganado en Piedras del Fuego, habían dado ganancia suficiente. Poseía, pues, el dinero para pagar las letras que los Ricarte tenían en su poder. Ellos le habían proporcionado aquella suma para salvarlo de una situación difícil en sus negocios. Había puesto al día sus compromisos y sólo le restaba saldar esa obligación. No habría, pues, fuerzas humanas capaces de hacerle desistir de su propósito. Ni siquiera aceptaba la idea de mandar pagar con otro. Iría personalmente, para demostrar a la firma que era hombre de palabra, y para demostrar a Ignacio que no temía a sus asesinos traicioneros ni a su venganza mezquina.

La mujer se arrojó llorando a sus pies; los hijos pequeños le suplicaron en vano. Decidió la fecha de su partida. Dió órdenes severas para dar de comer una buena ración de maíz a su caballo y preparar un fiambre para la travesía. Valiente, honesto y franco, no le temía a otro hombre. Es verdad que de un tiro certero en una emboscada nadie estaba libre. Pero él sabía bien «dónde vivían los pájaros». Era vaquero viejo, conocedor de guaridas y al cabo de todas las trampas. Anduvo mucho tiempo tras de bandoleros, guiando destacamentos. Tenía plena confianza en sí mismo.

El día marcado, siguió viaje. Partió de madrugada, pero sin ocultarse en las breñas, ya que alguno debía estarlo espionando para luego ir a llevar la noticia a los asalariados de la emboscada. Paró fuera de la villa, en casa de Matías Florindo, escondió su caballo en el molino y allí se quedó charlando con el amigo hasta que entrara la noche. Protegido por las sombras siguió via-

je, llevando el animal al paso y la carabina de repetición atravesada sobre el arzón de la silla. Abandonó el camino y se internó en el monte, guiándose por las estrellas rutilantes, que veía por la ramazón rala de los árboles. Tenía miedo de la luna. Esa noche aun saldría tarde; pero al otro día más temprano, y al otro más temprano aún.

Cuando la luna aclaró el monte, ya la madrugada anunciaba el día. Se apartó aún más del camino que seguía paralelamente, que lo veía algunas veces por entre los troncos lisos. En un paraje rodeado de «mandacarús» y «umburanas», donde el pasto verde y succulento cubría el suelo, desensilló el caballo y lo ató a un tronco por el cabestro. Después hizo una cama con su recado y se adormeció al pie de los árboles. El sol estaba alto cuando se despertó.

Así viajó una noche más y un día. A la tercera noche de viaje la luna salió muy temprano. Aquello contrarió sus planes. Con mayor razón, cuando en aquellos lugares abundaban las plantas parásitas que se enredaban a las frondas espesas del monte, amén de lo accidentado del terreno, lleno de barrancos, piedras y fosos, que no tuvo más remedio, después de explorar el monte en distintas direcciones, que volver al camino, lento, de oído atento y ojo avizor.

La luz de la luna se filtraba a través del follaje y se deslizaba por los troncos, transformando las resinas en transparentes lágrimas de luz. Altas, inmóviles, las frondas de los árboles se destacaban en la claridad del cielo. Las aves, llamadas «madres de la luna», carcajaban a lo lejos, muy a lo lejos.

Los ojos expertos de Esteban notaron que en una «gamelleira» grande, entre dos ramas que formaban una horqueta, las hojas eran tan tupidas que por ellas no se filtraba la luz de la luna. Paró su caballo y apuntó con su carabina para aquel obscuro follaje, con la desconfianza instintiva que traía y para el caso de que tras de las hojas estuvieran escondidos los asesinos que lo esperaban. El tiro partió y su eco resonó entre el monte. Y un cuerpo de hombre cayó desde lo alto, agitando sus brazos hasta golpear el suelo blanco por la claridad de la luna.

Desde lo alto de un árbol, más distante, se oyó una voz de hombre, dura y cortante, en el silencio de aquella soledad.

—¿Lo mataste, chico?...

Esteban se estremeció. La emboscada era de dos. ¿Qué hacer? Si hablaba, el bandido le conocería la voz y huiría a prevenir al amo vil la muerte del compañero. Si no respondía, el miserable desconfiaría, y trataría de espiar lo que pasaba, e iría, asimismo, a sembrar la alarma entre la chusma encanallada de los bandidos de Ignacio, el cual, desde su propio escondrijo, tal vez podría matarlo de un tiro certero. Su indecisión duró un instante. Su sangre fría, ante el peligro, lo salvó, ayudada por la fertilidad de su espíritu aguzado y todo sutilezas. Por eso se limitó a soltar un silbido largo y discreto, llamando al otro.

—Fa-fi-i-i-ó-ó-ó...

Rápidamente desmontó del caballo y quedóse de pié, con la carabina preparada, en medio del camino iluminado, ante el cuerpo del bandido. El otro bajó caute-

loso del árbol. Al verlo, Esteban llevó el arma a la cara. El tiro partió y el bandido cayó de rodillas dando un grito. Después rodó de bruces sobre el barro, estremeciéndose algunos segundos. Luego se quedó inmóvil.

A su grito, sólo respondió el eco. Ni una voz resonó en las espesuras del monte o bajo las frondas de las «uncaryseiras». Un gran silencio flotaba en aquel ambiente lleno de claridad lunar.

Luego, Esteban montó a caballo, encendió un cigarrillo y partió al galope por el camino.

Carlos Keller R.

Los fundamentos del capitalismo moderno

I

HABIAMOS visto en nuestro último ensayo sobre el capitalismo primitivo, que el estado occidental se encontraba, a fines del siglo XVIII, en una situación de crisis, sobre cuyas causas sólo diremos aquí que son debidas al hecho del surgimiento de la burguesía, es decir, de la nueva clase capitalista que llega a apoderarse del gobierno. Esta nueva evolución tuvo, en los diferentes estados europeos, un diferente carácter, como veremos más adelante. En general, al tratar de este período, hablamos de la «revolución francesa». Podemos decir que todos los estados occidentales experimentaron, a fines del siglo XVIII y principios del siglo pasado, una «revolución francesa», término que aplicamos en esta acepción general para referirnos a la formación de nuevas entidades políticas caracterizadas por los siguientes hechos:

Se establece la ciudadanía directa del individuo frente al estado. Hasta entonces el individuo le había pertenecido al estado mediante su calidad de miembro de alguna de las numerosísimas organizaciones públicas y semi-públicas, como por ejemplo, los gremios, municipios, etc. Había que pertenecerle a un «état» para poder participar en la administración pública y en la política. El estado era formado por cuerpos más

o menos autónomos de derecho público. Ahora, el individuo llega a pertenecerle directamente al estado, adquiriendo la calidad de ciudadano libre e independiente de esos grupos sociológicos que hasta entonces absorbían todas sus actividades y que le imponían su voluntad.

Desaparecen los ligámenes solidarios y comunales. Hasta entonces, la colectividad se hacía cargo del bienestar de todos los individuos; de aquí en adelante ella ya no se preocupa de ellos. Cada uno es responsable de su situación social. Toda la vida de los pueblos está basada en los intereses materiales de los individuos. Antes, podemos decir, había una comunidad, ahora se forma una sociedad (en el sentido que Toennies les ha dado a estos conceptos).

Se forma una separación rigurosa entre el derecho público y el privado. Se limita el radio de acción del estado. Mientras que éste se había preocupado antes de numerosas actividades económicas, se les reservan éstas ahora a los individuos.

Se desarrolla poderosamente el sistema económico debido en primer lugar a los derechos subjetivos. Este nuevo sistema legal tiene, desde luego, un carácter negativo: la mayoría de los «derechos del hombre» sólo es comprensible tomándose en consideración el sistema legal que estaba en vigencia antes de la revolución. Se dirigen en primer lugar contra el estado como tal, reservándole al individuo numerosas atribuciones que antes le habían incumbido al estado o a los cuerpos de derecho público. La acción del individuo sólo está limitada por el Código Penal. El estado es colocado en la periferia de la vida nacional. Se le considera como mero guardián del orden público, es decir, como defensor del contenido del Código Penal. Y este Código contiene disposiciones sumamente liberales. Hasta entonces había existido algo que se puede llamar un Código Ético o Moral, de rigurosa observancia, el cual es más o menos abolido por la revolución francesa. El más fuerte, el más brutal llega a imperar dentro de la economía. Sólo en casos excepcionales, al colocarse fuera de toda ley, la sociedad le impone una sanción. Pero en su acción económica, el individuo obra casi constan-

temente en pugna con las disposiciones del Código Moral, es decir, con aquellos conceptos sobre precios justos, causas justas, etc., que estaban en vigor desde la Edad Media.

No es preciso insistir en que este sistema económico hoy en día ya no presenta un aspecto tan descaradamente brutal como a principios del siglo pasado. En mi último ensayo ya había dicho que nos encontramos en plena evolución hacia un nuevo sistema económico.

El sistema de libertades individuales que llega a imperar comprende en primer lugar el derecho de negociar cómo, dónde y cuándo lo considere oportuno el individuo. Hasta entonces existían numerosísimas limitaciones a este respecto. Estas negociaciones pueden tener lugar libremente y sin intervención de la administración pública. Sólo en algunos casos excepcionales interviene aquélla con el fin de salvaguardar la seguridad y seriedad, imponiendo ciertas cautelas (inscripción de los bienes raíces, escrituras públicas, etc).

Existe propiedad libre y casi ilimitada en todas las cosas de libre comercio. Esta propiedad incluye el derecho del uso libre de ella, de la venta y de contraer deudas. Hasta entonces había numerosísimas limitaciones a este respecto. El concepto germano de la propiedad es sumamente complejo y le impone al propietario numerosas obligaciones. La gran mayoría de los pequeños, pero también de los grandes propietarios de bienes raíces estaba, hasta entonces, sometida a derechos familiares, señoriales, comunales, etc.

A semejante limitación estaba también sometido el derecho de la sucesión. Ahora, el derecho de disponer libremente de la propiedad se extiende más allá de la vida. El estado le garantiza al individuo el goce de todos estos derechos. Tampoco esta seguridad había existido antes.

Resumiendo lo dicho, podemos afirmar, pues, que la nueva evolución significa el triunfo del individuo sobre la comunidad.

* * *

Pero si bien todos estos nuevos conceptos sobre la libertad del individuo se refieren a una limitación del radio de acción del estado y son, en consecuencia, negativos, hay también otros progresos de índole positiva. El estado se hace cargo de una serie de reformas importantísimas. En primer lugar, se derogan por él numerosas limitaciones y trabas económicas que habían persistido hasta los primeros decenios del siglo XIX. Entre ellas se encuentran aquellas referentes a los servicios personales agrícolas y al inquilinaje. Se destruyen por él aquellas comunidades rurales que habíamos llegado a conocer en nuestro último artículo. Mediante la así llamada reforma agraria, se les entrega a los aldeanos predios continuos y no sometidos a limitaciones en cuanto a su uso. Se reparten los bienes que hasta entonces les habían pertenecido a las comunidades, como ser las tierras empleadas para el pastoreo y los bosques. Se derogan las servidumbres de toda índole muy comunes hasta entonces. Igualmente, los derechos del señor sobre sus inquilinos y los privilegios. En muchos países también son declarados redimibles los censos y los mayorazgos y fideicomisos, se extiende el derecho de domiciliarse en cualquiera parte a los inquilinos, los cuales hasta entonces eran adscriptos a la gleba.

En las industrias, se deroga el sistema gremial. Igualmente desaparecen los monopolios, privilegios, etc., con que el estado barroco había revestido a numerosas industrias. Y en general, se deroga todo aquel sistema de medidas económicas que había establecido el estado y a que ya nos habíamos referido. Ya no es necesario pedir un permiso especial para poder ejercer cualquiera industria.

Uno de los hechos más importantes fué la abolición de las fronteras aduaneras que habían impedido el desarrollo económico en el interior. Se forman grandes territorios nacionales sometidos a iguales derechos y no separados en regiones más o menos autónomas. El unitarismo se impone frente al federalismo, mo-

vimiento que, en el curso del siglo XIX, llega a prevalecer también en aquellos estados que jurídicamente forman federaciones.

Toda esta reforma está acompañada de una legislación tendiente a la seguridad del tráfico. Se establecen buenas policías. Desaparece el pillaje y la piratería. Se reorganiza igualmente el sistema judicial. El procedimiento procesal ofrece mayores garantías y funciona con una rapidez desconocida hasta entonces. El sistema monetario es igualmente reorganizado sobre bases sólidas. Los estados tratan de impedir el desequilibrio de sus finanzas, creando nuevas entradas y fiscalizando rigurosamente sus gastos. Se desarrolla el sistema de crédito, especialmente mediante la creación de bancos, los cuales habían sido de muy secundaria importancia hasta entonces. El estado se hace cargo de controlar el sistema de pesos y medidas, estableciendo leyes rigurosas al respecto.

* * *

Como ya había dicho, este movimiento hacia el capitalismo moderno no se manifestó en todas partes al mismo tiempo, ni tampoco su desarrollo fué idéntico en todas las diferentes naciones. Podemos distinguir varios tipos, cuyos fundamentos son más o menos idénticos, pero cuyos detalles presentan diferentes matices.

En Inglaterra, las nuevas tendencias se imponen paulatina y orgánicamente. Con toda aquella precaución y previsión que caracteriza a los anglosajones, Inglaterra le agregó, en el curso de cerca de un siglo, a su sistema económico, una tras otra, las diferentes medidas a que ya me referí. Primero fué Cronwell quien alteró la organización social de Inglaterra. Más tarde, Adam Smith, en su soberbia obra sobre la riqueza de las naciones (1771), ya nos presenta el resultado de todo el movimiento iniciado por Cronwell. El más famoso de los discípulos de Smith, Ricardo, ya es un espíritu capitalista perfecto, en el sentido que se le daba a esta palabra en el si-

glo XIX. Y tómesese nota de que sólo cito nombres de economistas y no hechos, los cuales casi siempre — y en este caso con toda seguridad — suelen preceder a las teorías que posteriormente se desarrollan sobre ellos. Efectivamente, en Inglaterra se comienzan a abolir los privilegios desde el siglo XVII. Los gremios desaparecen de hecho mucho antes de su prohibición legal.

En Francia, en cambio, se manifiesta el nuevo movimiento en una forma teatral, en escenas impresionantes. Allá tiene lugar una codificación de los nuevos principios. Se les da una forma concisa, brillante. Primero fué la revolución del año 89, y pronto Napoleón, los que, con iluminación bengálica, como dice Sombart, condujeron a la victoria al capitalismo y estado modernos.

En Prusia y otros estados alemanes, en cambio, la «revolución francesa» se nos presenta como evolución iniciada por la administración burocrática. Se trata de incorporar al régimen imperante y en forma orgánica, lo que en Francia se había impuesto a sangre y fuego. Se manifiestan estas nuevas tendencias en la obra de los grandes estadistas Stein y Hardenberg. La reforma de mayor importancia fué, empero, el establecimiento de la Unión Aduanera de 1832.

Otro diferente aspecto nos presentan las naciones hispano-americanas. Aquí no se trata de una mera lucha contra el régimen anterior, sino al mismo tiempo de una lucha de emancipación política, dirigida contra España. Nuestros historiadores suelen confundir los dos diferentes movimientos que llegan a coincidir en nuestro continente, alegando a favor de la revolución aquellos reproches que en todos los países europeos, sin ninguna distinción, se le hacían al antiguo régimen. Pero debemos separarlos y considerar desde diferentes puntos de vista. Efectivamente, la reforma social y económica se había iniciado en la América hispana antes de la revolución. Basta citar, en cuanto a Chile, la abolición de la mita, el establecimiento de la casa de la moneda, la declaración de la libertad de comercio con las naciones amigas de España, la abolición de las encomiendas, etc.

Sería erróneo suponer que el capitalismo moderno le debe su desarrollo exclusivamente a estas reformas. En gran parte, ellas sólo se explican por el hecho de la existencia del capitalismo moderno que demandaba insistentemente esas reformas. En su conjunto, forman ellas la materialización político-jurídica de la nueva evolución económica, al menos hasta cierto grado. Desde mediados del siglo XVIII, habíamos visto más arriba, la economía viene a colocarse en el centro de todas las actividades humanas: aplicadas a este período, pueden aceptarse las teorías del materialismo histórico con ciertas limitaciones, mientras que como base general para explicar los fenómenos histórico-sociales, no corresponden a la realidad.

* * *

En gran parte, este nuevo movimiento es debido al mismo estado. Desde fines del siglo XV se forman en Europa poderosos estados interesados por muchas razones en un rápido y enérgico desarrollo capitalista. Estos estados barrocos forman vigorosos organismos soberanos, inspirados en un anhelo de crecer en cuanto a su poder interno (someten con este fin a su dominio a los poderes medioevales y feudales) y hacia afuera. Ningún otro movimiento fuera del capitalista estaba en la situación de fomentar esta evolución del estado, y es así que se forma la alianza entre el capitalismo y el estado. De otra parte, el desarrollo del estado era de inmensa influencia en la evolución capitalista.

En primer lugar, el estado trata de ampliar su territorio incorporándose grandes países coloniales. Esta política de expansión forma la base de las relaciones internacionales hasta nuestros días. Se trata, en el fondo, de hechos comunes a todos los organismos: al hecho, en primer lugar, de estar dominados del anhelo de crecer.

Este expansionismo tiene varias causas. La más importante es quizás la necesidad de conseguir metales. En el siglo XV, había en Europa una falta grave de capitales. Como la única

forma de poder acumular capitales era aquella de obtener metales, se explica que toda la política de los estados haya consistido en conseguirlos. Esta necesidad forma la base de la famosa teoría del balance mercantil favorable, mal comprendida por numerosos economistas que la estudian tomando por base la organización económica moderna, en vez de estudiar la economía barroca. Y en esta necesidad está fundada también la enorme importancia que le corresponde al descubrimiento de América en la historia de la economía occidental.

El estado fomentaba también el desarrollo industrial con todos los medios que estaban a su alcance. Estas mismas industrias le proporcionaban el material de guerra que necesitaba. Al mismo fin de aumentar la potencia militar obedecía también la política colonizadora de los estados occidentales. Los inmigrantes que trataban de atraer varios de estos estados, pertenecían a menudo a clases sumamente inteligentes y laboriosas, como por ejemplo los hugonotes, los que aumentaron considerablemente la riqueza por ejemplo de Brandeburgo. Al fin de incrementar la riqueza nacional obedecía también la política aduanera, tratándose de impedir la exportación de materias primas y de fomentar la exportación de productos industriales, política que igualmente los estados occidentales han mantenido intacta hasta nuestros días.

También la navegación experimentó un poderoso auge debido a la intervención del estado, el cual estaba interesado en ella con fines militares.

Ese afán de aumentar el poder no se nos manifiesta siempre durante el barroco en una forma pura. Influidan, en este período, las ideas religiosas de la Edad Media, como por ejemplo en España. Sólo en el siglo XIX se manifiesta esta tendencia en una forma pura. Ciertamente es que después de las guerras napoleónicas y debido al agotamiento de todas las energías a causa de ellas, existen ciertas tendencias pacifistas. Especialmente en Inglaterra, la «anti-corn-law-league», encabezada por Cobden, proclamaba estas ideas y exigía la abolición de los derechos aduaneros sobre cereales y, en general, sobre todos

los productos. Pero precisamente en Inglaterra se explica esta política en el hecho de que ella era la única nación plenamente industrializada en aquel tiempo, y en consecuencia, interesada en la abolición de los derechos aduaneros de las demás naciones. También el pacifismo puede llegar a formar la base del expansionismo e imperialismo: siempre elegirá éste en su acción aquella dirección que ofrece la menor resistencia, y si puede lograr sus fines en una forma pacífica, la proclamará como fundamento sagrado de la humanidad. En el fondo, tanto el pacifismo como el militarismo no son sino la manifestación de un mismo hecho: de la voluntad de los estados modernos de crecer sin tasa ni límite.

Estas tendencias se manifiestan de nuevo, en toda su grandiosa brutalidad, desde mediados del siglo pasado. El tercer Napoleón, Bismarck, Eduardo VII y numerosos otros políticos de este tiempo son encarnaciones vivas de las ideas nacionalistas de sus respectivos países. Frente a ellas, a la ideología pacifista no le corresponde realidad alguna. En general, puede decirse que cada vez que haya llegado a capturar los espíritus de una nación, estaba íntimamente ligada al más brutal imperialismo. Así por ejemplo, durante la guerra mundial, el pacifismo formaba un solícito pretexto para capturar la benevolencia y simpatía de pueblos ingenuos y para justificar los procedimientos bárbaros, empleados contra algunas de las naciones más cultas del universo.

Este imperialismo moderno emplea numerosos medios para imponerse. No se crea que se presenta en la visión de poderosos ejércitos y armadas. Tampoco se trata siempre de conquistas. Las esferas de influencia, la política de la puerta abierta, etc. no son sino cómodos disfraces de la misma tendencia. Y a veces se nos presenta este imperialismo también en formas mucho más dulces, como por ejemplo, en la del panamericanismo.

Con Cecil Rhodes, cuyo apellido ha adquirido importancia histórica en la colonia inglesa que lo conserva, éste imperialismo ha entrado en su época de plena conciencia de sí mismo.

La guerra mundial no es sino una lógica consecuencia de él, y sus verdaderas causas hay que buscarlas en esta tendencia fundamental de las naciones occidentales, y no en pretextos superficiales y casuales. Ciertamente es que, dada la constelación europea de 1914, hubo en aquella fecha naciones interesadas en una guerra económica y de revancha, y otras cuyo espléndido desarrollo económico les imponía una política pacifista. El Tratado de Versalles nos manifiesta la verdadera política de las naciones victoriosas. En él, nada encontramos de los ideales tan enfáticamente pronunciados por Wilson, los cuales ya hoy en día son mera literatura. Pero en vez de discutir sobre ideas, me parece más conveniente y útil citar números. Veamos, pues, qué desarrollo han experimentado las grandes potencias desde hace unos cincuenta años.

	Extensión en 1862	en 1918	Población en 1918
	(en millones de kilómetros cuadrados)		(millones)
Gran Bretaña.....	5.3	36.0	450
Rusia.....	7.6	10.2	101
Francia.....	0.4	12.0	96
Alemania.....	0.34	0.4	62
Estados Unidos.....	1.5	9.7	107
Japón.....	0.15	0.7	80
Italia.....	0.1	1.9	40
	15.39	70.9	936

El porcentaje de la superficie de la tierra que les pertenece a las grandes potencias aumentó de 11.5 en 1862 a más o menos el 50 por ciento en 1918. De la población total de nuestro globo les pertenece a las citadas potencias más o menos el 70 por ciento.

Toda esta evolución fué, como es fácil constatar, de enormes consecuencias para el desarrollo del capitalismo moderno. Aun los grandes trusts, vinculados por su naturaleza con numerosísimos países, han mantenido hasta la fecha un carácter netamente nacional. A ellos se les debe quizás en gran parte la evolución política de las grandes potencias modernas.

(Continuará).

Ernesto A. Guzmán

Palabras a un incrédulo



.....
QUE esta acción hoy realizada tiene su término en sí misma, sin posibilidades de resonancia en el futuro? ¿Qué sabes, tú, de las innúmeras y desconocidas solicitudes que, desde el fondo de los tiempos, envuelven como en una aspiración de fuerza, como una gravitación ignorada, el núcleo de vida de este acto que ahora estimas efímero? Piensa en la minúscula semilla de trébol arrojada al borde del camino por una mano despreocupada de la trascendencia de su ademán. Piensa en las incontables raicillas que, descendiendo de él, ahondarán en la tierra fértil; piensa en los diminutos y nuevos vástagos del grano abandonado, y tu visión los contemplará dispersarse por los bordes del sendero; piensa en el poderoso sembrador que es el viento, y el rumor de germinación de las minúsculas simientes te llegará desde la más profunda lejanía...

Piensa, sobre todo, en esta realidad presente de tu personalidad, de tu vida. ¿Qué sabes, tú, de la situación de espacio de tus progenitores hace cuatrocientos

años? ¿Qué vislumbraban ellos de este rincón de tierra donde hoy aspiras, sufres, y, esperanzado siempre, desesperas? ¿Qué sabían de ti, y de la posible prolongación del más dorado de sus ensueños? Y sin embargo...

En el tormentoso fluir de tres siglos, oscuras corrientes de soldados e inmigrantes se vaciaron en estas tierras del sur. Hambres de gloria, de oro y de pan buscaban el sitio pródigo, el terrón feraz, el campo virgen de límites. Asturianos y vascos, castellanos y andaluces, desconocidos los unos de los otros en su patria de origen, se agruparon, y acercaron anhelos y regocijos sobre esta nueva región de la soñada abundancia. Fué necesaria una jornada, a través de mares y lejanas tierras, para que lograran avecinarse los unos a los otros. Acaso ahí principia, para ti, el contacto anunciador de tu destino; ahí principian tus antepasados; ahí principió, para ti, la oportunidad de ser. Sin eso, no serías. Fué menester convergencia de aventureros en este sitio del globo, y en mitad de este ambiente, para que surgieran tus antecesores remotos o próximos, para que vivieras tu individualidad, para que existiera tu concepción de la belleza que persigues o de la verdad que buscas. Y así, como tú, todos. Toda esta raza que se afana entre la Cordillera y el mar; únicos en la tierra; individualidades distintas, personalidades insustituibles. De aquel hecho surgen estas resonancias.

¿Ves, ahora, cómo se desarrollieron, en el fluir de los años y de los siglos, infinitas posibilidades; cómo resuenan en nosotros con un ritmo distinto, con un tono diferente, como un timbre original?

Alberto Edwards

La Sociología de Oswald Spengler

EL libro de Oswald Spengler «La Democracia de Occidente» ha producido en la mayor parte de los centros intelectuales del mundo una sensación extraordinaria. Los más eminentes sociólogos e historiadores exponen y comentan sus doctrinas, y los profesores de muchas universidades les han dedicado cursos completos, en estos últimos años. Nos encontramos, se dice, frente a un nuevo y fecundo modo de comprender la historia y las evoluciones de las sociedades humanas.

Es ocioso discutir como lo hacen algunos si la doctrina de Spengler es completamente nueva. Muchos de los hombres que han ejercido mayor influencia intelectual en el mundo no han sido sino sintetizadores felices y elocuentes, que, en un momento histórico adecuado, supieron dar forma a ideas y sentimientos que existían ya latentes en las almas. Quizás haya algo de ello en este caso.

Sin embargo, Spengler será poco leído en Chile y sus doctrinas no adquirirán carta de ciudadanía en los países latinos mientras no las veamos traducidas al modo claro y brillantemente superficial de los franceses, como sucedió con los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y como acaba de ocurrir con Einstein. Pero Spengler no tendrá la buena fortuna de este último, que a fuer de sionista internacional, encontró entusiasta acogida en las orillas del Sena.

Spengler por el contrario es un nacionalista alemán, y por esto me temo que los franceses no nos lo presentarán tan luego al conocimiento y crítica de su vasta clientela intelectual.

Me ha parecido, pues, útil contribuir a dar a conocer, ya que no el pensamiento mismo del filósofo germánico, porque confieso que no estoy preparado para ello, a lo menos los efectos que la lectura de su libro ha producido en mi manera de sentir y pensar.

Ingenuamente lo confieso: este libro en cierto modo ha revolucionado mi espíritu. Veo las cosas de otra manera después de haberlo leído. Más aún: ahora sólo he venido a comprender la idea íntima, la subconciencia de autores que antes me eran familiares. Es como si me hubieran puesto unos anteojos con los que veo claros los mismos objetos que antes entreviera confusamente. La sociología es una ciencia de misterios y oscuridades; se penetra en ella como en un país nebuloso, poblado de fantasmas informes; los fenómenos se sienten y sospechan más que se perciben. En épocas como la nuestra, sobre todo, se adivinan abismos, insolubles problemas, contradicciones inexplicables por do quiera; la civilización y la vida misma carecen *para todos* de sentido exacto; no se sabe a punto fijo adónde se camina; el alma ha perdido la espontaneidad y la seguridad de sus orientaciones; el porvenir se nos antoja una catástrofe o una quimera.... «No deis un paso», nos gritan los unos «adelante no está sino el caos». «Marchad con confianza, porque la luz, el progreso, la felicidad humana, nos esperan», rugen los otros. Y el hombre pensador, entre tanto, siente que esos presuntuosos guías de la sociedad están a ciegas, que los unos no saben más que los otros, y, ante la formidable duda, se queda estacionario, temeroso de caer.

Es en tales momentos de confusión y duda cuando aparecen las teorías sociales, los restauradores de mundos muertos—los creadores más o menos quiméricos de mundos nuevos: Rousseau que nos predica la vuelta hacia el pasado, hacia la inocencia e igualdad primitivas, como si el mundo por siglos hubiera errado su camino; Comte que nos muestra el paraíso

en el futuro, en la perfectibilidad indefinida del progreso.... Pero la sociedad ha perdido entretanto su instinto vital, su juventud y su alma colectiva, y se revuelve dolorosamente buscando cada cual por opuestos rumbos la solución de un enigma indecifrabable.

El horror de esta obscuridad lo sentimos todos: Spengler ha querido formular una teoría de las tinieblas que nos envuelven. Vale a lo menos la pena de oirlo.

El lector no va a encontrar en esta breve exposición, ese encadenamiento lógico de ideas, esa claridad de ordenado raciocinio a que los franceses nos tienen tan agradablemente acostumbrados: Spengler es alemán y desconoce ese arte, que los pensadores de su nación parecen creer incompatible con la profundidad del pensamiento. Por otra parte, sus procedimientos intelectuales chocan bastante a las personas habituadas al cientifismo positivo de nuestro tiempo; él es un matemático, un metafísico, y por lo tanto, intuye más que observa. Aunque dicen que también es profundo en historia y en ciencias naturales, la rigidez axiomática del hombre habituado al manejo de las fórmulas numéricas se transparenta en muchas de sus páginas.

Así por ejemplo, comienza declarando que va a exponer una verdad, que una vez oída, no podrá ser negada. Es esta ya una afirmación de matemático.

Su propósito, agrega, es hacer la morfología de la historia universal. No va simplemente a mostrar la relación de causa y efecto entre los acontecimientos, ni a juzgarlos, ni a extraer de ellos enseñanzas útiles, como lo hace un historiador filósofo, sino a formular una teoría general de las transformaciones históricas que le permitirá predecir el futuro. Apesar de la antipatía que Spengler profesa por Darwin, su intento se parece al del naturalista inglés. Así como este último teorizó las evoluciones del mundo orgánico, Spengler mostrará el principio a que obedecen los cambios que experimentan las sociedades humanas.

Veamos cuál es este.

Las culturas, como todos los seres vivos, nacen, crecen, ma-

duran, envejecen y mueren. Su desaparecimiento no es siempre el efecto de un accidente patológico, de una enfermedad de las muchas que todas ellas, aun las más robustas, tienen que soportar en el curso de su existencia. También decaen y se disgregan en virtud de una ley fisiológica inevitable, por agotamiento de sus posibilidades vitales que son limitadas, como las de todos los organismos; en una palabra, también mueren de vejez, y este ha sido el término natural de las brillantes civilizaciones que se han desarrollado en la tierra.

Esta tesis, así sentada a priori, y el título del libro «La Decadencia de Occidente», bastante significativo del pensamiento del autor, producen a primera vista espanto y protesta en la mayoría de los lectores. Frente a los esplendores de nuestro siglo, a sus grandes progresos técnicos, a sus adelantos científicos, a su bienestar material, a su expansión victoriosa por todos los ámbitos del planeta, Spengler diagnostica su mal interno, no como una enfermedad más o menos grave o curable, sino como el principio de un fin ineludible: nos encontramos en la vejez de nuestra cultura. Peor que eso, estaríamos asistiendo a sus funerales.

Pero lo más extraordinario del caso es que esta aparente paradoja deja muy luego de serlo para todos los que leen el libro, y muchos de los que más se escandalizaron al principio, acaban por sostener que la doctrina de Spengler no es sino la exposición elocuente y pomposa de una de esas verdades triviales que nadie discute entre los hombres de ciencia y que sólo pueden parecer chocantes a las ilusiones optimistas del vulgo.

Esto último no es exacto; al contrario: la idea de la humanidad concebida como un todo único, y progresando indefinidamente en cultura desde los albores de la historia hasta nuestros días, y con perspectivas ilimitadas en el futuro, ha dominado y domina desde el siglo XVIII el pensamiento occidental. Y esto no sólo entre las masas semi-cultas: véase, si no, a Spencer y a Comte, y en tiempos más modernos a Chamberlain, el filósofo a la moda en vísperas de la gran guerra. En el terreno de la

metafísica ocurre lo propio que en el de la sociología. Filósofos, hombres de ciencia, historiadores, todos nos han dicho o dejado creer que no sólo nos encontramos en la etapa más avanzada del progreso cultural *humano*, sino en los umbrales de un futuro aun más espléndido. Puede negarse, si se quiere, la tesis de Spengler, pero es injusto decir que repite una verdad banal y conocida, cuando nos habla de la vejez y muerte de la cultura de occidente.

No quiere esto decir que la idea de decadencia sea nueva del todo, pues hasta existen escuelas literarias o artísticas con ese nombre como enseña; y en muchos pensadores ya viejos, como por ejemplo en Burke y en Carlyle, encontramos la intuición de algo semejante.

Como decía más arriba, se trata de una de esas cosas entrevistas, que flotaban en nuestra sub-conciencia; pero que nadie había definido en términos claros, y cuya explicación teórica apenas sospechábamos.

Para hacer luz, Spengler comienza por definir y tiene razón, porque por una contradicción inexplicable, nunca como en esta época de ciencia positiva y rigurosa, el lenguaje de la historia metafísica ha sido más vago.

En primer lugar debemos distinguir dos nociones que suelen confundirse, la de cultura y la de civilización: lo primero es un alma, un ser espiritual y vivo, una fuerza creadora, dinámica; lo segundo, un producido estático e inerte. Creo que una analogía algo vulgar hará más claro el pensamiento del filósofo alemán. Podemos imaginarnos un hombre ya decrepito, cuyas fuerzas intelectuales están agotadas después de haber desenvuelto todas sus posibilidades. Ese hombre en el curso de su larga vida ha acumulado saber, experiencia, riquezas, poder sobre las cosas; nunca ha sido más sabio, ni más rico, ni más próspero que ahora; las instituciones que creara y concibiera subsisten en todo su vigor aparente; los capitales continúan acumulándose en sus arcas; el utilaje de sus industrias y por tanto la fuerza productora de ellas crece también; su organización no ha decaído y aun parece perfeccionarse cada día. Pero nuestro

juicio sería erróneo, si dedujéramos de este espectáculo que la fuerza creadora espiritual que dió existencia a lo que vemos, se mantiene intacta, que no ha envejecido, que sus posibilidades subsisten, y que sería capaz de comenzar de nuevo. En este ejemplo, el hombre es la cultura, lo que ha producido la civilización. Cuanto vemos alrededor de ese hombre, aunque sea cosa suya y lleve su nombre, no nos permite sospechar su estado físico y moral: tendríamos que sondear su alma misma para saber si está joven, madura o decrepita...

La historia nos muestra muchas civilizaciones subsistiendo sin alma, después de anquilosada o muerta la fuerza que las creó. Fué y es el caso del mundo antiguo, de la India, del Egipto de los faraones, de la China, del Islam; tratándose de esas sociedades muertas o lejanas, no nos engaña su esplendor material, su expansión triunfadora, su brillo aparente, en los peores tiempos de su decadencia. Roma, por ejemplo, conquistó el mundo, y alcanzó el máximum de su progreso, riqueza, organización y poderío, cuando, como todos sabemos, había muerto su alma y estaba próxima a desaparecer. Los historiadores filósofos han sondeado en este caso la raíz del mal, porque conocen el desenlace, que es la gran incógnita del problema nuestro.

Según Spengler la analogía, base de las ciencias biológicas, no ha podido ser aplicada a la historia, porque hemos estudiado los acontecimientos humanos dentro de un marco convencional y erróneo. Nos han mostrado una sola humanidad y una sola cultura que es la nuestra, naciendo allá en el oriente y en la Grecia en la antigüedad más remota y que subsiste la misma hasta ahora en continuo progreso, sufriendo crisis, colapsos, renovaciones, pero sin morir ni descomponerse jamás. La división usual de la historia en antigua, media y moderna, sintetiza este sistema simplista y erróneo que prescinde de cuanto ha ocurrido en la mayor parte de la superficie del planeta y en todos los tiempos no muy cercanos al nuestro.

En efecto, ese marco histórico artificial no comprende a la mayor parte de la humanidad, a las civilizaciones asiáticas, a la India, a la China, a los pueblos germánicos, a la América

entera, como que se le ideó teniendo en vista acontecimientos que sólo tuvieron influencia en un pequeño rincón del planeta: el derrumbe del Imperio Romano y el llamado renacimiento de las artes en occidente. De allí que hayamos confundido la historia universal con la historia de nuestra cultura y que no hayamos visto nada o casi nada de lo que no está próximo a nosotros no sólo en el espacio, sino en el tiempo.

La larga serie de siglos que denominamos «antigüedad» sólo los consideramos en globo, como un período de iniciación, como primer acto de un drama de acción única y progresiva, cuyas últimas escenas estamos presenciando. En India, en China, en Caldea, en Egipto, en Grecia, por decenas de siglos, nacieron, se desarrollaron y murieron grandes civilizaciones que evolucionaron desde su infancia hasta su senectud, pasando por todas las etapas de su vida psicológica. En esa historia, sólo por estar lejana, los historiadores occidentales se han obstinado en no ver sino la juventud, los primeros pasos de su propia cultura. Más allá de la Europa occidental y antes de la Edad Media, puede decirse que no han visto nada, porque la antigüedad toda entera sólo se les aparece como un preámbulo nebuloso, hasta tal punto, que prescinden de ella al construir sus sistemas filosóficos.

Esta afirmación es una de aquellas que los adversarios de Spengler llaman triviales. Se le acusa aquí como en otras ocasiones de combatir un error que no existe. Un alto ejemplo sin embargo va a mostrarnos hasta qué punto desdeñan los filósofos de nuestra época todo lo que va más lejos que la Edad Media y que a Europa, cuando pretenden trazar un cuadro de las transformaciones históricas.

Augusto Comte dividió la historia de la humanidad en tres etapas: la teológica, la filosófica y la científica o positiva. Si en lugar de decir «humanidad», hubiese dicho «nuestra civilización», habría trazado del devenir del alma de occidente un cuadro incompleto todavía, pero a lo menos no en desacuerdo con la generalidad de los hechos conocidos. Aplicada a la humanidad como un todo único progresando en línea recta, su

teoría no habría resistido a la crítica de un simple estudiante de retórica que hubiese conocido siquiera la historia de la antigüedad clásica bajo un punto de vista más exacto y menos estrecho que el usado en las escuelas de Europa.

Los albores de la edad media, el tiempo de los monjes, de los cruzados, de las primeras catedrales, cuando nació nuestra sociedad, con su arte, sus ideales, su noción del mundo, fué sin duda una época teológica, la infancia o la juventud de una cultura. Pero de una plumada, como si ello no valiera la pena de ser considerado, Comte englobó toda la historia del mundo, anterior a esa Edad Media y todos los pueblos del planeta, en la época teológica de los lejanos orígenes. Los tiempos de Marco Aurelio, de la filosofía estoica, de la moral positiva, en la decadencia greco romana, cuando las creencias y los sistemas metafísicos de esa cultura habían muerto, pertenecerían también a la «época teológica» junto con los monjes de Monte Casino y Saint Gall, con los cruzados, con la leyenda dorada, con la ardiente fe sobrenatural, con el misticismo y la caballería de la edad media...

Ampliando un poco sus nociones históricas, Comte habría visto otras filosofías positivas, sin creencias ni metafísica, en todas las culturas en decadencia, muertas o a punto de morir. En China, el mismo Comte se habría llamado Confucio, y en el Islam le habrían acaso reconocido por maestro los fatalistas prácticos, que a partir del siglo X, formularon en esa cultura una teoría ateológica y ametafísica de la sociedad y de la vida...

Pero visiblemente para Comte no había más humanidad ni más historia universal que la de Europa de Occidente, y no tomó más en cuenta a la propia antigüedad clásica que a la India o a la China. Ello estaba demasiado lejos para mirarlo.

Y el error de punto de vista no es aquí de pequeña monta, porque él llevó al filósofo francés a formular consecuencias diametralmente opuestas a las que habría formulado, si en lugar de ver en el mundo una cultura única, progresando en línea recta desde los albores de la historia hasta su tiempo, hubiera

podido siquiera entrever el espectáculo real de las cosas. Un hombre que ignorase el secreto de la muerte, mal podría comprender la juventud, y la madurez, y su propia senectud experimentada y calculadora, sin ilusiones ni creencias, sería para él la única edad de la vida verdaderamente sabia, feliz, repleta de ilimitadas perspectivas.

Comte no había visto morir ninguna cultura, porque para él no existió otra que aquella a que él pertenecía, y por eso, su decrepitud se le antojó robustez. Si hubiera vivido muchos siglos antes, en la época de la decadencia greco-romana, habría podido formular las mismas conclusiones erróneas y optimistas sobre el porvenir de aquella civilización. El espectáculo era de una analogía sorprendente: en tiempo de Marco Aurelio, Roma parecía haber llegado al máximo de su expansión material, de su riqueza, y aun de la regularidad de su orden interno. Los mismos síntomas morales que preludiaban el derrumbe de ese mundo, la pérdida de las creencias, el escepticismo filosófico, el humanitarismo positivo, la confusión y tristeza de las almas, el agotamiento de los ideales artísticos, la anarquía e inseguridad del pensamiento, la falta de orientaciones y de sentido en la vida, los hubiera también interpretado como signos de la madurez triunfal y definitiva de la cultura. Sabemos cuan grande habría sido su error; que si nuevas civilizaciones iban más tarde a ocupar el sitio del cadáver de aquella agonizante entonces, no fué merced al desenvolvimiento progresivo del positivismo estoico, esto es, a la galvanización artificial de una alma muerta, sino al nacimiento de culturas nuevas, que también serían jóvenes y repletas de ilusiones y que también conocerían la madurez y la caducidad. Para que el mundo viese otros milagros, otras fuerzas creadoras, otras esperanzas y energías, ya que en la naturaleza no es posible rejuvenecer lo viejo, era preciso que una alma nueva naciera balbuceante, preñada de ideales místicos, y que desenvolviendo progresivamente, como las que le habían precedido, todas sus posibilidades creadoras, se agotase también para morir, porque lo eterno, lo que no se gasta, no existe en el mundo de los organismos vivos.

Infancia, juventud, vejez y muerte: tal es el destino de las culturas, al igual que el de los hombres. Ese es el secreto de la historia universal, la enseñanza del pasado, como lo comprende Spengler. Semejante morfología de las transformaciones sociales, no era posible dentro del antiguo marco histórico, para el cual no había muchas vidas sino una sola. Mal podría interpretarse el sentido de ésta, porque faltaban términos de comparación y analogía. La ciencia sociológica se encontraba en el caso de una medicina que por falta de experiencias, o por haberlas desdeñado, supusiera a los hombres inmortales, e ignorase también que junto a los organismos caducos nacen nuevas infancias. El ideal de esa medicina, como el del positivismo comtiano, sería la caducidad eterna y sin esperanza de lo que ya está viejo.

Comte quiso ver el progreso humano en el desarrollo de la experiencia, esa facultad de la vejez. Las fuerzas creadoras que caracterizan la juventud: la fe, el ideal, la energía que no razona, la espontaneidad del arte y de la creencia, se le antojaron resabios de barbarie, oscuridades y errores.... El mundo era digno de lástima cuando soñaba y creía: sólo es feliz ahora en su ancianidad, porque tiene experiencia, y va a serlo más aún en su decrepitud. Amarga ilusión que vemos también en los hombres que llegan a viejos, y de que es tanto más difícil libertarnos, cuanto que todos estamos más o menos dispuestos a contemplar las cosas desde un punto de vista subjetivo.

Una cultura, según la magnífica definición de Spengler, es algo espiritual que nos levanta sobre la bestia humana y sus instintos, una manera superior de comprender la vida, algo como una alma que se manifiesta creando. La religión de una cultura es su idea de lo trascendente, su metafísica, su noción de lo absoluto, su ciencia, el conjunto de teorías con que intenta explicar el secreto de la naturaleza; su matemática, el concepto que se forma de los números; su arte, su interpretación de lo bello. Y su vida entera se manifiesta por todo eso, es decir, por sus creencias, sus ideales, sus sentimientos, su fuerza creadora.

Una cultura, como todo lo orgánico, no es algo estático, sino dinámico: sin dejar de ser, deviene, y, mientras no ha agotado sus posibilidades, que son limitadas, como las de todo lo que tiene vida, se desenvuelve y produce.

Si examinamos, aunque sea superficialmente, la naturaleza de los hombres, vemos muy luego que el alma de cada uno presenta peculiaridades que la caracterizan y que nos permiten distinguirla del alma de los demás. Todos nos diferenciamos psicológicamente en algo.

Nadie siente y cree idénticamente a los otros: las cosas no nos impresionan en la misma forma, y lo que producimos, el modo como nos manifestamos externamente, es lo que da a conocer externamente nuestro yo, lo que permite distinguir específicamente a cada hombre, individualizarlo dentro del género a que pertenece. Pero la psicología sería una ciencia sin sentido, si junto a esas diferencias de hombre a hombre, no existieran caracteres genéricos, que son comunes a todos ellos. Así por ejemplo, en el orden de ideas que ahora nos interesa, sabemos que las almas humanas se manifiestan de diversos modos en la juventud y en la vejez, y que el sentido de estas transformaciones ofrece cierta analogía en todas ellas. Tampoco ignoramos que existe una relación íntima entre el temperamento artístico de un individuo, por ejemplo, y sus creencias, su manera de comprender la vida, ya que todo ello no es sino la emanación, el producido de un mismo espíritu.

Otro tanto ocurre con las culturas, esto es, con el alma de las civilizaciones. En la vida de todas ellas podemos observar analogías genéricas, etapas homólogas de desarrollo, decadencia y muerte; relación íntima en la naturaleza de sus manifestaciones místicas, filosóficas o plásticas; pero como en el caso de los hombres, ello no nos impide caracterizar a cada una de esas culturas en cuanto es una individualidad distinta, una alma diversa a las otras.

Si examinamos al griego al través del arte que produjo, no sólo sabremos algo de su concepto de la belleza; este dato nos permitirá ahondar un poco en la naturaleza misma del

alma y de la cultura helénicas. Sus edificios, sus estatuas, sus frescos, sus poemas, sus obras dramáticas, nos hablan de un espíritu plástico enamorado de las formas armónicas y definidas, que ignoró la perspectiva lejana y el movimiento; que fué todo presente en el tiempo y cercanía en el espacio. Su mundo era geométrico; representaba al hombre como una forma bella, sin pasado, sin futuro, sin historia. Nadie ha debido gozar lo presente, lo inmediato, como el griego.

El egipcio en cambio vivía caminando, su fin era el futuro; su mundo, un viaje; la tumba, una etapa. Todo su arte se aplicó a interpretar en la plástica ese su sentimiento del hombre y de la vida. Todo en él es serio, camino, línea recta. Era una alma valiente que marchaba imperturbable hacia un término previsto, sin vacilaciones ni zozobras. No se detenía jamás en ese presente que para el griego lo era todo. Por eso, para el griego, la muerte nunca tuvo sentido exacto; su arte y su teogonía apenas nos hablan de ella. La vida futura, la prolongación del hombre en el más allá, fué, al contrario, el pensamiento fundamental de los egipcios, el fondo de la estructura de su alma. Suprimamos la muerte, y del Egipto no nos quedaría nada: de la Grecia, todo, salvo algunas vagas y desmayadas figuras retóricas, sin las cuales, la religión, el sentido artístico, la filosofía griega seguirían siendo casi exactamente lo mismo que son. (1 y 2).

El griego no sentía trascurrir el tiempo. Conocemos la cronología egipcia por miles de años; la Grecia parece haber vivido un solo día. Aun en los más recientes ensayos de reconstitución de su historia, a pesar de los recursos de la crítica contemporánea, las fechas son inciertas o hipotéticas. Spengler estudia así algunas de las culturas que mejor conocemos, como productos de almas, consecuentes consigo mismas en todas sus manifestaciones. Así la religión, la filosofía y la literatura de los helenos, su ciencia, el concepto que tuvieron del número, sus instituciones políticas y sociales, su noción de la vida y de la muerte, nos revelan que la fuerza psicológica que creó todo aquello, es la misma que produjo el arte griego.

Esta verdad era ya de sobra conocida, pero Spengler insiste enérgicamente sobre su hondo sentido espiritual, y a cada paso, tras las manifestaciones materiales o externas, tras de lo producido, nos muestra el alma cultural que vive y deviene. Este es uno de los secretos de su sistema.

Las transformaciones que las culturas experimentan a través de los siglos, nada dicen contra esa unidad psicológica, sino que la confirman. Los hombres tampoco se producen exactamente en la misma forma en todas las etapas de su vida; pero el alma de un anciano es la misma que tuvo cuando joven, envejecida ahora. No es otra, pero ha devenido. Este hecho que es la base de toda biografía filosófica, debía ser también la de la historia.

Los técnicos distinguen en la arquitectura griega diversos estilos, que no son tales, sino que responden a diversos estados de evolución de un mismo estilo, y el profano, por ignorante que sea, dirá sencillamente, delante de un templo dórico de los rudos orígenes, como ante uno corintio de la madurez: «Eso es griego». Igual cosa nos ocurre con la arquitectura árabe, con la egipcia, con la india, con la china. Acaso no discernamos bien las fechas, las etapas evolutivas de esos estilos; pero nos basta una ojeada para darles el nombre de la cultura a que pertenecen.

El arte occidental ha evolucionado también y nosotros, que conocemos de cerca sus etapas de desarrollo, las distinguimos con el nombre de estilos; sabemos cuándo un edificio es románico, gótico o barroco. Un chino los confundiría todos y diría simplemente que son europeos. La identidad de alma y de sentido, entre el más primitivo románico y el barroco del umbral de la decadencia, es tal, que la Europa está llena de soberbios monumentos iniciados hacia el año 1000 y terminados en la manera del siglo XVIII, y en los cuales hay sin embargo armonía y unidad, como que son el producto de un mismo espíritu que evolucionó en el tiempo sin dejar de ser el mismo. (3). En cambio, ¿se concebiría un Partenón inconcluso, y terminado después en el estilo gótico o barroco? No

sería menos absurdo pretender transformar ese edificio griego en una pagoda china o en una mezquita islámica.

Los historiadores y los filósofos del arte habían sentido más o menos profundamente esta unidad de espíritu, prueba de que todas las manifestaciones de una cultura, como las de un hombre: filosofía, ciencias, artes, instituciones, emanan de algo orgánico que vive, de un alma que está desarrollando sus posibilidades creadoras desde que nace hasta que se agota y muere. «Cuando uno ha logrado colocarse en este punto de vista, dice Spengler, todos los frutos se le vienen a las manos». Preciso es confesar, diremos nosotros, que a lo menos en esa altura se disipan muchos misterios y se ve todo bajo una nueva luz.

En brillante síntesis, el filósofo alemán trata de definir y penetrar el alma de algunas de las culturas que mejor conocemos; y se detiene especialmente en el estudio de lo que él llama el «alma apolínea» que dió origen a la civilización greco-romana; el alma mágica de los árabes y el alma fáustica de la cultura occidental. La primera, eminentemente plástica, se deleita, como hemos dicho, en la armonía de lo cercano y lo presente; la segunda se siente en un mundo rodeado de misterios, juguetes de las fuerzas ocultas, y su fórmula es la magia, la cábala. La tercera, toda función, movimiento, se complace en las perspectivas lejanas, como si aspirase a identificarse con lo infinito, en el tiempo y en el espacio.

Spengler se detiene sobre todo a definir el abismo psicológico que separa la cultura greco-romana de la occidental, y se comprende por qué lo hace. A pesar de cuanto se ha profundizado en el estudio de estas materias, contra la luz de la evidencia misma, todavía hay quienes creen en la inverosímil y antinatural paradoja en cuya virtud la cultura apolínea no murió, sino que, después de dormitar luengos siglos, volvió a renacer en la nuestra. Esta falsa interpretación histórica, hija del estudio de las lenguas clásicas, y del derecho romano, esto es, de la aplicación de ciertas fórmulas muertas a nuevas realidades muy distintas, contribuyó poderosamente a obscurecer el sentido de las trans-

formaciones históricas, y a hacernos ver en el planeta, como lo recordábamos antes, una cultura única, con perspectivas ilimitadas y progresando sin cesar desde el principio de los tiempos hasta hoy.

Decir que las fuerzas psicológicas que dieron vida a la cultura occidental, no sólo son distintas, sino casi opuestas a las que alentaron al mundo greco-romano, es repetir una verdad trivial, de sobra conocida. Las creencias, la noción de la vida y de la muerte, los sentimientos éticos sociales, las tendencias espirituales y metafísicas, se diferencian demasiado en una y otra cultura. La aspiración de lo infinito, el sentido de lo vago y trascendente, el mas allá como fin último y esencial del hombre; la comunión de las almas; el amor místico; el culto ideal de la mujer; la santidad del matrimonio convertido en sacramento; el honor caballeresco; el espíritu de sacrificio y de renuncia personal como ideal supremo de virtud; el rendimiento de corazón del hombre al hombre; la lealtad feudal y monárquica; el sentimiento dinástico en el estado y en la familia; en una palabra, todo lo que vibró en el alma de Occidente mientras tuvo vida espiritual fué completamente ajeno al griego y al romano. La esencia, lo íntimo de nuestra cultura, habría sido ininteligible para el hombre antiguo, en todos los estados de su evolución.

Pero el concepto de Spengler, innegable por lo que respecta a la psicología del hombre fáustico y del hombre apolíneo, encontrará sin duda impugnadores o incrédulos, cuando descendamos a las manifestaciones más externas de esas dos psicologías, a la forma como ellas se tradujeron en ciencias, artes e instituciones. Aquí los prejuicios clásicos impiden ver las cosas con igual claridad.

No seguiremos a Spengler en su demostración de las tendencias diversas y hasta divergentes, de la ciencia apolínea y de la ciencia fáustica. La materia es un tanto abstrusa y podría parecer fatigosa en una conferencia como esta. Por otra parte, es en el campo del arte en el que el error combatido por el filósofo alemán encontrará más porfiados defensores. Estamos empapados, por decirlo así, en el viejo prejuicio de que nuestro

arte se deriva del de los griegos, y aun damos el nombre de renacimiento a la época de nuestra historia en que la tradición artística, interrumpida por la noche de la Edad Media, habría continuado desarrollando su viejo pensamiento por largos siglos dormido.

Los escultores serán, me lo temo, los más apegados a semejante tesis, circunstancia que ya nos da una luz; porque la escultura ha sido la menos viva, la menos representativa de las artes occidentales; como que es también la menos apropiada para traducir los anhelos del alma fáustica, infinita en sus aspiraciones, amante de las lejanas perspectivas, de lo que se mueve en el tiempo y en el espacio. Por eso en Grecia la escultura fué el arte por excelencia, mientras que entre los occidentales jugó siempre un papel muy subalterno.

A pesar de esto, desde sus primeros y más informes ensayos esculturales, el hombre fáustico quiso expresar con el mármol algo muy diverso que el griego: una vida interior que devenía, un estado de alma en proceso constante de transformación; una historia; un drama. Quién haya visitado los magníficos museos de Toscana, verá ese anhelo ya en parte realizado en los grandes escultores medioevales hasta Donatello. La técnica puede ser imperfecta, a veces pueril; pero esos mármoles no han querido ser formas bellas del presente y de lo cercano, como las estatuas griegas, sino que nos hablan ya de vidas que vienen de lejos, que tienen un ayer y un mañana.

El Renacimiento, o sea la influencia de los modelos antiguos en el arte occidental, se deja sentir en la escultura más que en arte alguna, precisamente por lo que ya hemos dicho; porque siendo el arte por excelencia de los antiguos, era el menos apropiado a traducir los sentimientos fáusticos. Sin embargo, esa influencia consistió más bien en perfeccionamientos técnicos, en un conocimiento más exacto de la armonía y de las proporciones, que en un cambio completo en el sentimiento mismo del arte. Así y todo, la tesis de los pre-rafaelistas ingleses, que atribuyen al renacimiento una influencia funesta en el desenvolvimiento lógico del alma artística occidental, es verdadera, sobre todo en escul-

tura. La imitación de los modelos griegos contribuyó en buena parte a hacer de la escultura europea un arte bastardo, que raras veces logra conmovernos o hablarnos al alma, y que nos revela en cada momento la lucha interior entre el alma del artista y la escuela, la técnica exótica que lo ha deslumbrado. Desde Miguel Angel hasta Thorwaldsen, pueden seguirse los episodios de esa lucha.

No hablemos de la pintura, de la música, de la decoración, del menaje. En todas esas artes, es hartó visible la originalidad de Occidente.

Ni los grandes primitivos, ni Durero, ni los Van Eyck, ni los renacentistas italianos, tuvieron predecesores en el mundo greco-romano. Rembrandt y Velázquez tampoco. La pintura occidental no se deriva de los frescos helénicos, todo forma y cercanía, verdaderos relieves imitados por el pincel. Aquí el hombre fáustico encontró un medio de expresión más de acuerdo con su temperamento, con su alma, que le permitió traducir su concepción de la vida, del espacio, de lo infinito, la profundidad de su mundo interior, su anhelo espiritual que corría tras del más allá, de lo lejano. Las heridas causadas por el Renacimiento a la pintura occidental curaron pronto. Fué sólo aquello un momento de indecisión hartó explicable. Al iniciarse el siglo XVI, el arte europeo, lleno de vigor y de ideales, pero mal seguro de sus métodos, casi adolescente todavía, se encontró frente a los modelos de un arte cuya alma había muerto hacía largos siglos, pero que se mostraba a sus ojos con todos los prestigios de la perfección técnica, en el esplendor de una madurez robusta. Pero la belleza puramente plástica, la simple armonía de las formas, que es lo único que el alma europea puede descubrir en esas obras antiguas, cuyo sentido íntimo, espiritual, es incapaz de comprender, si tuvieron influencia en el progreso técnico de los artistas del Renacimiento, no secaron su inspiración, ni torcieron sus ideales. Algunos de ellos quisieron hacerse griegos, pero ninguno lo consiguió.

Si la pintura occidental perdió entonces algo de la espontaneidad ingenua, de la inspiración mística de la Edad Media, no

fué porque se hubiera convertido en pagana, como lo pretendía Ruskin, sino porque ella misma, sin dejar de ser, había madurado.

El alma artística que inspiró a Rafael, a Miguel Angel, al Ticiano, no era neo-griega; era la misma que inspiró a Giotto y a Van Eyck; pero esa alma había vivido más y entrado en una nueva etapa; ya no era tan joven. Otros síntomas lo estaban revelando: el empobrecimiento de la mística, la reforma religiosa, el despertar de la crítica racionalista. En el hombre láustico continuaba palpitando su profunda vida interior, su ansia de lo eterno y de lo lejano, su anhelo de confundirse con lo infinito, su sentido del tiempo y del espacio; pero la fe ingenua de los primeros años no existía ya; los grandes maestros de los siglos XVI y XVII, si hubiesen pintado exactamente como sus predecesores de la Edad Media, no habrían sido los sinceros intérpretes de su tiempo, y, por otra parte, la Europa no estaba todavía bastante vieja para que, desesperanzada del presente, volviese los ojos hacia la primera infancia. Estaba reservado al siglo XIX presenciar ese terrible síntoma de decrepitud que se llamó en literatura escuela romántica, y en arte, pre-rafaelismo.

(Concluirá).

Humb. Díaz - Casanueva.

Canción del hombre estéril

TENERTE entre mis brazos para que el viento sacuda
la ramazón infinita de mis besos.
Tenerte entre mis brazos y crucificar mi amargura
sobre el madero tibio de tu deseo.

Mujer mía, porque entre mis brazos te tengo;
mía, y mi palabra suena a la distancia.
Pienso que estoy delante de un espejo
con las manos amarradas a tu alma.

Soy la pregunta que no recoge nadie,
la palabra sin nexo, encerrada en la isla,
y porque tú me estrechas y ni siquiera lo sabes,
te murmuro al oído mi palabra infinita.

Que no lo sepas nunca.

Cuando miras el árbol de otoño,
tú no puedes saber si se dará en la fruta;
cuando nos vamos sumando nuestros pasos,
no lo puedes saber.

Que no lo sepas nunca.

Yo sé que cuando te florece el instinto,
me miras en los ojos y crees sorprender en ellos
la sombra blanca y frágil de nuestro hijo.
Niego a nuestro hijo. Yo jamás lo espero.

Nunca lo he esperado. Niego a nuestro hijo.
Yo no seré la semilla, tú no serás la tierra;
está de más el rubio sol amigo
y de más está también la lluvia buena.

Me apartaré de ti como de las otras
y nunca sabrás por qué a veces me callo;
se anidó en mi vida un pájaro de sombra,
sus alas ciegas me apartan de tu lado.

Enredadera azul terciada entre mis brazos
te dejaré en otros brazos y te miraré de lejos...
—Así dicen los marinos que abandonan los puertos.
Miran pañales tibios haciendo señas de duelo—

Mas, durante esta luna te tendré entre mis brazos
exprimiendo la fruta olorosa de tu beso,
mientras araña con sus garras de llanto
sobre tu carne blanca, mi deseo.

La posición actual en las investigaciones del cáncer

De la *Edinburgh Review*. Trad.
para ATENEA, por C. M. M.

EL investigador del cáncer se encuentra, antes de avanzar mucho en su estudio, ante un estado de cosas que soporta—por lo menos superficialmente— una comparación con algunos acontecimientos políticos y económicos de la actualidad. Por una parte se le presenta una vasta y complicada organización más o menos adaptada a ciertos grandes fines; por otra parte, grupos de individuos que, desertando de los grandes fines, sólo persiguen su interés particular.

La célula del cáncer es el ejemplo consumado de un anarquista, como la mayoría de los anarquistas. Vive en una sociedad complicada cuyos miembros dependen, en su existencia individual, de todos los otros miembros. Aunque nacida para la ciudadanía, sus deberes y sus derechos, se dió su propia ley constituyéndose en el enemigo de sus vecinos. El robo; el asalto y el asesinato entran en sus planes. La analogía no puede ser llevada demasiado lejos; es tan completa, que es actualmente imposible decir algo de la sociedad humana y los diversos modos como puede ser perturbada, que no ocurra al igual en el cáncer.

El cuerpo humano es como una isla coralífera. Está formado, no de piedras, que son materia inanimada, sino de seres vivos y muy activos. Hablamos de «un hombre» como de una

sola cosa; y el hombre es todo un imperio de criaturas vivas; una vasta aglomeración de millones de «partículas de vida», cada una con su existencia propia, su propia sensibilidad, sus propias débiles cualidades de cuerpo y aun de espíritu. La célula es el microcosmos del hombre. Tanto es así, en verdad, que, sin llevar demasiado lejos el paralelo, podemos hablar de «la mente de una célula» y aun de su ética. Porque así como el Estado posee, por algún curioso evento, una individualidad que difiere, pero sin ser enteramente distinta de la de todos los ciudadanos, así el hombre posee una visión que la célula no puede poseer, pero que pertenece también en cierta medida a la célula.

Si el significado del cáncer como un fenómeno de vida ha de ser comprendido, esta verdad ha de tenerse en cuenta: la ética de la célula es a la vez el origen de la ley corporal y su consecuencia. Cada célula reacciona sobre todas las demás modificando sus actividades y controlando su desarrollo; y todas las demás células ejercen su influencia sobre cada célula individual. Si esto no aconteciera así, ocurrirían caprichosas alteraciones; fracaso de la nutrición, desorganización y muerte. En efecto, para que se produzca la muerte es necesario sólo que unas células, comparativamente pocas, sean debilitadas en su acción o destruidas. Por cuya razón todas las fuerzas de esta república se pueden movilizar, y se movilizan a menudo, para defender a un pequeño número de sus habitantes. El espectáculo de un hombre aplicando un antiséptico en su dedo enfermo es el mismo de un imperio acudiendo en defensa de un dominio remoto.

Todas las células del cuerpo reconocen un origen común y permanecen en mutuas relaciones fraternales. Cada uno de nosotros se desarrolla de una sola célula, crecida en el cuerpo de la madre y fecundada por el padre. Esa célula única, que guarda en su diminuta substancia acumulados tendencias e impulsos, tanto del padre como de la madre, tenía el poder de llegar a ser un hombre o una mujer con singular parecido en el cuerpo y en la mente a ambos progenitores. Por el simple

proceso de crecimiento y división en dos y la repetición de este fenómeno, se convirtió en ser humano.

No obstante, nuestro cuerpo no es una colonia de seres vivos no diferenciados. Entre una célula del cerebro y otra de un hueso existe una diferencia mayor que la que hay entre el más ilustre monarca y el más humilde de sus súbditos. Conjuntamente con el proceso de crecimiento en el cuerpo embrionario, se produce la diferenciación. Algunas de las células primitivas nacidas de las primeras divisiones de la célula de origen, toman una forma determinada, otras toman otra, hasta que miles de tejidos nacen de una misma fuente de vida. Hay células nerviosas, musculares, del hígado, de los riñones, de los tejidos osamentosos, de los integumentos, de los órganos de la generación; cada cual desempeña una función especial y necesaria, pero conservando una pequeña parte de las cualidades vitales de la célula madre de que derivan.

Visiblemente, cada célula de un ser viviente se mantiene en un equilibrio entre su libertad y restricciones, comparable sólo al término medio en que se mantiene un ciudadano dentro de una república. Ninguna célula puede ejercer ninguna función motu proprio que perjudique a cualquiera otra, porque tal daño perjudicaría al Estado entero. Por otra parte, cada célula debe tener libertad para gozar una vida individual tan completa como lo permita la estricta observancia de la ley común; porque de tal actividad depende la salud. Más aún, debe haber división del trabajo y profusa especialización.

La célula de origen no estuvo sujeta a estas limitaciones. Vivía para sí misma. Se movía o era movida de un punto a otro; de su lugar de origen en el ovario, a su lugar de crecimiento en el útero. Obtenía su alimento adhiriéndose a los tejidos de la mujer, su madre, en cuyo cuerpo había de desarrollarse o morir. Así ejerció todas las funciones del individuo aislado y libre: movimiento en persecución de su subsistencia, satisfacción de su apetito, consumación de la reproducción. No había otros fines secundarios que servir. Esta primera célula no era una parte de un organismo; no era un ciudadano de un esta-

do; era un individuo completo, él su propio centro y él su propio objetivo.

Comparémosla con la célula de un hueso como el del muslo. Este es un miembro de un organismo, encargado de la función fundamental de ayudar a sostener el cuerpo. No se puede mover sin que todo el organismo experimente las consecuencias de ese movimiento. No puede buscarse su alimento. No puede —excepto en raras ocasiones— reproducirse, sin que la forma de los huesos cambie. Debe absorber en su substancia materias minerales, en su mayor parte cal, que tienen por objeto endurecerla y darle rigidez. La célula osamentosa es infinitamente menos libre de lo que lo fué su célula de origen. Por lo demás, está mucho más protegida. Recibe su alimento necesario con cada latido del corazón. No necesita conquistarse un lugar en donde desarrollarse. El peligro de morir al principio de su vida es para ella mucho menor que el del óvulo fertilizado que busca albergue junto a la pared uterina. Todavía más, detrás de ella está toda la fuerza del cuerpo de un hombre. Si es asaltada, millares de soldados—los glóbulos blancos de la sangre—se avalanzarán a ayudarla y salvarla, y rendirán sin vacilación sus vidas en su favor. El aire mismo que respira le es traído, y el que ha inutilizado al respirar, desalojado. Calor, comodidad, alimentación y seguridad, son las recompensas de la limitación de su libertad que, al convertirse en obrera especialista, ha debido sufrir. Su vida inmensamente valiosa y protegida con tan meticuloso cuidado, no es nada, sin embargo, frente al imperio de vida de que forma parte. La célula de origen habría sido destruída por fuerzas ciegas si hubiera fracasado en cuanto a asegurarse un alojamiento. La célula osamentosa será destruída deliberadamente y sin piedad por sus vecinas, si fracasa en llenar su misión en la vida general del Estado. Que es justo que uno muera por la colectividad, es el primer reglamento de la ley corporal. En resumen, la célula osamentosa vive bajo la ley, mientras que la célula de origen era su propia ley.

Hemos querido llegar a esta diferencia porque es precisamente la que existe entre el cáncer y la substancia corporal

ordinaria. La célula cancerosa, como hemos dicho, es un individuo en rebeldía. El cáncer es una aglomeración de células en rebeldía, todas hijas de esta primera rebelde. Pero mientras la célula originaria de que se desarrolló el cuerpo, creció y se multiplicó en un sentido dado de acuerdo con las leyes del crecimiento y desarrollo, la célula de origen del cáncer crece sin sujeción a ley. Sus descendientes son rebeldes como ella; cada una busca su propia comodidad sin cuidarse de ninguna disciplina. Si bien es cierto que a veces se puede observar en el cáncer una sombra de concierto. Pero no es más que una sombra; como si por un instante la antigua ley hubiera obligado a estas rebeldes a obedecer contra su voluntad y se levantaran luego en actitud de desafío. Este orden, tal como existe, es siempre rudimentario, siempre incompleto. Sirve para poner de relieve el desenfrenado individualismo de su creador, o sea, su inhabilidad para crear nada bueno. No hay una ley del cáncer que equivalga a la ley corporal.

Sin embargo, hay tendencias definidas. Cada célula cancerosa se dedica a la reproducción con una rapidez que sólo raras veces se observa en el tejido sano. Bajo el imperio de esta ley, la medida de la reproducción es proporcionada a la medida de desarrollo de los medios de nutrición. En el crecimiento normal se observa un tejido venoso que se desarrolla entre las células, tal como se trazan calles entre las casas de un barrio nuevo. De modo que cada célula está provista desde el principio de alimento, aire puro, y de los medios para desembarazarse de las materias inutilizadas. Un tejido venoso se desarrolla también, hasta cierto punto, en el cáncer; pero el crecimiento del tumor excede al de los conductos sanguíneos. Así sucede que muy pronto numerosas células rebeldes se ven privadas de alimento y renovación de aire. En tales circunstancias perecen sin remedio, siendo envenenadas con sus propios excrementos o muertas de hambre y de asfixia. Luego se produce en el cáncer una zona muerta, una zona de necrosis donde resulta un foco purulento.

El tejido demasiado suelto de las rebeldes, su falta de co-

nexión y su actividad sin ley, tienen otra terrible consecuencia. Muchas de ellas se desprenden juntas de la colonia y son llevadas por los jugos y flúidos, siempre móviles, del cuerpo, a lugares remotos en donde, a semejanza de la célula madre que se busca una residencia junto a la pared uterina, se alojan para empezar con toda rapidez la tarea de reproducirse. De este modo, luego aparecen colonias y sub-colonias de células rebeldes en muchas partes del cuerpo. Esta tendencia ha sido llamada metástasis: la característica principal del cáncer y la causa principal de su poder destructor. Ningún cirujano puede nunca estar seguro de que su bisturí haya eliminado todos los centros secundarios de la enfermedad. Si queda uno solo, la labor destructora volverá a empezar pronto.

Resultaría que el problema del cáncer es saber por qué una célula corporal, sometida a su ley, renuncia de pronto a esta sujeción, asume su independencia y empieza una vida nueva como parásito de sus hermanas. ¿Qué fuerza misteriosa es la que seduce a un buen ciudadano y lo arrastra al libertinaje y a la ruina? Hace mucho tiempo que los investigadores del cáncer se preocupan de encontrar una respuesta a esta pregunta. Ya se ha hecho una cantidad de notables investigaciones y experimentos. La más antigua investigación se refiere a la extraña similitud que existe entre la apariencia al microscopio del cáncer y la de una herida en vías de sanar. Es tanta, que se puede confundir; aunque recientes investigaciones han descubierto ciertas diferencias. Las células de una herida que está sanando se multiplican activamente al igual de las del cáncer. Pero su multiplicación está siempre bajo control y cesa tan pronto como el alivio es completo. Así pues, a más de la diferencia de forma, existe una diferencia fundamental de conducta. Sin embargo, hay que notar que el proceso de curación de una herida es provocado por una lesión y que muchas veces el cáncer aparece en partes del cuerpo donde lo ha precedido una lesión generalmente de carácter duradero y crónico.

Citaremos a este respecto las palabras de mister Sampson

Handley en la «Revista de investigación del cáncer» del hospital de Middlesex, en Londres:

«Lo que sabemos hasta aquí es que ciertas formas de irritación crónica, o, lo que a menudo se convierte en eso, ciertas formas de invasiones bacteriales crónicas en los tejidos del cuerpo, es fácil que se conviertan en cáncer. Cómo sucede esto, se ignora todavía. Debemos recordar que el hombre, con sus millones de células, se ha desarrollado de una sola célula. No es cosa de sorprenderse si, ocasionalmente, una de entre esos millones de células subordinadas vuelve a su tipo ancestral independiente y se conduce como un organismo unicelular que no reconoce alianza con el sistema celular cuya ruina final provoca. Es sabido también que un organismo vivo, aunque crezca de acuerdo con su tipo, puede a veces producir una descendencia que varía—sin que ello esté explicado—del organismo originario en uno o más de sus caracteres. La célula cancerosa con su enorme poder de multiplicación, ganado por el abandono de otras y útiles funciones, puede ser una variación biológica de carácter espontáneo.

La especulación sobre este punto, sin embargo, es de poco valor práctico porque, en el estado presente del conocimiento biológico, no se puede someter a prueba. Parece que fuera necesario un avance de amplio campo en todas las ramas del saber antes de siquiera acercarse al problema central de la causa del cáncer. Este constituye el Everest de la materia, hasta hoy inaccesible. No sabemos por qué de un organismo unicelular se desarrolla un animal multicelular ni por qué el óvulo unicelular produce al hombre multicelular. El problema del cáncer es igualmente obscuro.»

Otra observación importante en esta materia es que el radio y los rayos X tienen el poder de producir el cáncer. De esto no hay ninguna duda. Ya en 1906 se recuerda un caso de cáncer producido en un hombre por la acción de los rayos X. A partir de entonces el caso se ha repetido y se ha tratado luego de producir este experimento accidental en animales. En algunos casos se encontró que es posible producir tumores in-

distinguibles del principio del cáncer. Así por fin se había dado con una causa del cáncer.

Este descubrimiento fué seguido pronto por otro de mayor importancia. Se sabía desde antiguo que los trabajadores de la brea de carbón y láminas de parafina estaban expuestos a adquirir grandes verrugas en las manos y que en algunos casos esas verrugas resultaban cancerosas. Nació la idea de aplicar brea y otros productos a los ratones a fin de averiguar si se podía o no producir el cáncer a que estos animales son tan susceptibles. Los resultados fueron un éxito completo y hoy es cosa muy fácil producir esta enfermedad en los ratones. El efecto de la brea es bastante seguro; hay quienes lo estiman absolutamente cierto. La importancia de esto es muy grande porque capacita al investigador para estudiar el proceso del cáncer desde su principio mismo y producirlo cuando quiere.

Es curioso que lo que se verifica en los ratones no ocurre de igual modo en las ratas. Así los investigadores del hospital de Middlesex aplicaron brea a la piel de numerosas ratas en distintos períodos, con variación hasta de 18 meses, sin lograr producir ningún desarrollo; y esto, a pesar de que en los primeros experimentos, para quebrantar la resistencia de la enfermedad, se valieron de medios tales como la sección de nervios y la aplicación de rayos X. Esta diferencia de resultados en la rata y el ratón puede ser un factor importante en el mecanismo del origen del cáncer. Pareció indudable que el—ya tan conocido desde antiguo—cáncer de los deshollinadores se debía a la presencia en el hollín de la misma substancia que se encuentra en la brea. Esa substancia irritaría la piel de la víctima terminando por dar origen a un tumor. Un ejemplo moderno de esta clase de causa se encuentra entre los maquinistas en ciertos trabajos donde alguna pieza de acero lubricado está en continuo contacto con la pierna del operario. En el punto de contacto se produce el cáncer. Hay un «cáncer de parafina».

Aun más importantes que estos ya notables descubrimientos, son los del profesor Fibiger de Copenhague, Empeñado en una

investigación, usaba ratones para sus experimentos; y observó que un gran número de los ratones que se le proporcionaban sufrían de cáncer al estómago. Visitó al proveedor en su almacén y encontró que todos los ratones cancerosos provenían del mismo lugar: una refinería de azúcar de la vecindad. El profesor Fibiger visitó la refinería y pudo constatar que estaba completamente infectada de escarabajos. Obtuvo una cantidad de éstos; se los dió a comer a otros ratones y contraieron el cáncer. Investigando se llegó a saber que en los escarabajos vivían unos minúsculos gusanillos parásitos, desconocidos de la helmitología, que al ser comidos por los ratones producían el cáncer. El gusano vive normalmente en el cuerpo del escarabajo en cuyos músculos se introduce. El ratón come el escarabajo y queda infectado.

Hay, pues, tres substancias bien definidas que pueden dar origen al cáncer: los rayos de onda corta (rayos gama del radio y rayos X), ciertas substancias químicas (brea de carbón, parafina, arsénico) y un gusano intestinal. ¿Hay alguna relación entre estos diferentes causantes? ¿Poseen una cualidad común que sea la verdadera causa directa del cáncer? He aquí un problema que espera solución. Es sabido, por ej., que mientras la brea de carbón tiene el poder de producir el cáncer, no sucede lo propio con la brea de horno de fundición. Ultimamente el doctor Leitch, del «Cancer Hospital» en Londres, declaró que a la brea de trabajos a gas hay que señalarla como primer factor de producción del cáncer, siendo la parafina sólida el segundo. Ambas substancias se producen a una gran temperatura; la brea de horno de fundición a una mucho más baja. La substancia que produce el cáncer se encontraría, según el doctor Kennaway, en las «fracciones» que requieren mayor temperatura, a saber: aceite de creosota, aceite de antracita y pez. De acuerdo con esa autoridad, la substancia productora del cáncer estaría ausente en todas las «fracciones» que hierven a menos de 400 grados centígrado. El doctor Kennaway no logró comprobarlo. Escribe en el «Diario de higiene industrial»:

«Hasta aquí las tentativas para encontrar la substancia pro-

ductora del cáncer entre las conocidas que constituyen la brea de carbón han sido del todo infructuosas. Ahora parece probable que ésta sea algún compuesto de la brea completamente desconocido aún, presente pero inestable en cantidades tan pequeñas como la de los «hormones» (mensajeros químicos) en los flúidos corporales o en las vitaminas de los alimentos.

Sabemos que esa substancia existe positivamente y su conocimiento es de gran importancia. Entre tanto, existe una escuela según la cual las substancias productoras del cáncer son otros tantos preparadores o fertilizadores del terreno para la verdadera simiente de la enfermedad, un germen. En su opinión, existe un germen del cáncer, pero no puede ponerse en actividad hasta que el «terreno humano» haya sido preparado para ello. Así que este germen es un lazo de unión entre las varias causas secundarias. ¿Qué pruebas existen en apoyo de este argumento? Podemos decir, desde luego, que se ha obtenido del cáncer una serie de micro-organismos de varias clases. La dificultad estriba en que éstos no producen el cáncer en un animal sano; y de ahí proviene la teoría de que se necesita una preparación especial de los tejidos antes que el germen se ponga en actividad. Aunque nada se ha dado a la publicidad todavía, se cree que un investigador que ha estado estudiando la sarcoma (una forma del cáncer) de las aves ha conseguido hacer aparecer tumores en esas aves por medio de un micrococcus «después de una inyección preliminar de jugos de tejido dañado de otra ave». Si este hecho se confirma, abrirá un nuevo campo a la investigación porque explicará, o ayudará a explicar, la frecuencia con que el cáncer tiene origen en tejidos dañados crónicamente. Esta introducción de un «tercer factor» en la enfermedad encuentra justificación en otros casos que se han presentado. Por ejemplo, es un hecho comprobado que los gérmenes del tétanus, aunque sean inyectados en la piel, no producen la enfermedad, a menos que se encuentre presente el barro o alguna substancia que contenga limo. Se sabe desde antiguo que los trabajadores de la sílice están mucho más propensos a la tuberculosis pulmonar que cualquier otro individuo. El barro o limo

y el polvo de sílice son «terceros factores». En su ausencia, la enfermedad no se produce o se desarrolla con suma dificultad.

Un ejemplo más sorprendente adujo el profesor Besredka, del Instituto Pasteur en París. Demostró que aunque los conejos normalmente san casi del todo inmunes a la infección paratifoidea, pierden esa inmunidad, quedando muy expuestos a ella, si se mezcla a su alimento un poco de bilis de buey. La bilis actúa como «tercer factor» en la enfermedad y habilita al germen para instalarse en la pared intestinal. Es justo suponer que el germen del cáncer puede requerir un tercer factor para desarrollarse. Este, si la teoría es buena, estaría presente en todas las substancias que producen el cáncer: el radio, los rayos X, la brea de carbón y los gusanos parásitos. A este respecto es interesante citar un reciente descubrimiento del Dr. Lazarus Barlow del hospital de Middlesex, una distinguida autoridad en el tratamiento de radio. Escribe en *The British Medical Journal*:

«La serie de investigaciones llevadas a cabo por mis colegas y yo en el hospital de Middlesex, en los laboratorios de investigación del cáncer, nos han conducido a las siguientes conclusiones:

1) En el cáncer humano existen a menudo pequeñísimas cantidades de radio, ausentes en los tejidos normales.

2) Si se expone cierto número de células en proceso de división a los rayos de pequeñísimas cantidades de radio, la división se acelera.

3) El cálculo a la vejiga de la hiel en unión del cáncer primario en ésta, casi siempre contiene una cantidad relativamente grande de radio, mientras que el cálculo no asociado al cáncer casi siempre está exento de radio».

Es probable que este elemento desempeñe un papel de tercer factor en otros casos que aquellos en que su actividad es obvia; porque el radio está muy distribuido en la naturaleza. Esta, sin embargo, es todavía una hipótesis. El germen del cáncer y el cáncer como tercer factor son hipótesis probables que se mencionan sólo para probar que el hecho de que la enfermedad pueda ser causada por el radio, por los rayos X y por subs-

tancias químicas, no excluye necesariamente la posibilidad de un germen. No se debe olvidar tampoco que muchas quemaduras de rayos X y de radio no logran producir el cáncer, y que la brea y otras substancias químicas no son infalibles en su acción. Además, peligrosa como es siempre la irritación crónica, va seguida de cáncer sólo en la minoría de los casos.

¿Cómo se convierte en célula cancerosa una célula normal? Es un problema. ¿Cómo la célula cancerosa,—único rebelde entre millones de ciudadanos ordenados,—puede sostenerse en sus primeros tiempos? Es otro. El cuerpo no está en manera alguna indefenso contra sus enemigos. Posee grandes ejércitos de células combativas—los glóbulos blancos de la sangre—que pueden ser movilizadas rápidamente contra el invasor. Son vastas colonias de células vivas que permanecen de reserva en el cuerpo. ¿Cómo es posible, entonces, que esta rebelde aislada pueda imponerse al organismo para desafiarle y finalmente destruirlo? Años atrás se podría haber contestado que el organismo no ataca a su propia descendencia aun cuando le hayan sido traidores. Pero esto, aunque admisible, no es enteramente verdadero. Si se administra una dosis letal de rayos de radio a las células cancerosas antes de inyectarlas a un animal, estas pronto mueren y desaparecen. Por este medio el organismo animal adquiere a menudo—aunque no siempre—una inmunidad a la forma de cáncer de que se trata. Si se proporcionan posteriores inyecciones de células de cáncer, éstas serán destruidas aunque no hayan recibido previa dosis de radio. La presencia de células cancerosas moribundas produce en el cuerpo una reacción que en preparación resulta un antídoto del cáncer. Los animales así pretegidos han permanecido inmunes por un año. Este método se está ensayando ahora en casos de cáncer humano.

El organismo ataca a las células rebeldes cuando éstas están deterioradas o debilitadas por una anterior exposición al radio. Según esto, parece probable que la célula, en todo su vigor, posee un veneno capaz de paralizar la defensa corporal. Investigaciones más recientes han comprobado que este veneno

existe en realidad y es la defensa que tiene el cáncer en sus principios. El organismo—aun cuando las células del cáncer están en plena actividad— suele intentar atacarlas; así, por ejemplo, en los delicados tubos linfáticos del pecho ocurren varios cambios cuando son atravesados por células cancerosas. El objeto de estos cambios es privar a las rebeldes de alimento. Así, pues, no es imposible una curación natural del cáncer. Hay varios casos comprobados de curación espontánea, y algunos observadores sostienen que muchas células cancerosas son en realidad destruidas antes que hayan tenido tiempo de crecer y multiplicarse. De acuerdo con esta teoría, sólo las más vigorosas llegan a formar un tumor canceroso. Por supuesto que estas no son especulaciones que, al presente, puedan ser probadas o desautorizadas.

Posteriores investigaciones han dado más luz acerca del poder del organismo para reaccionar contra el cáncer. Se extrajeron tumores a varios ratones y luego se expuso a estos animales a los rayos X. Se pudo comprobar que los rayos X producían una reacción en el organismo de los ratones pasando éste a ser terreno desfavorable a la enfermedad; pues, al hacer una reimplantación de los tumores en su lugar primitivo, se operó una rápida curación, los tumores se deshicieron muy pronto. Por consiguiente dista mucho de ser ilusoria la posibilidad de disminuir el cáncer y de protegerse contra él.

Damos a continuación un pasaje tomado del boletín del hospital de Middlesex:

«El extinto doctor T. H. Hellock—cirujano de este hospital, cuyo fallecimiento hemos debido deplorar recientemente—hizo ensayos clínicos de este método de inmunidad, que se produce inyectando células cancerosas previamente sometidas a una dosis letal de radio, en casos que, de otra manera, eran mortales. El procedimiento probó ser seguro y, por lo que demostraban, los resultados alentaron al Dr. Hellock a ensayar un método similar en casos menos avanzados. Su lamentada desaparición interrumpió esta tarea, que se prosigue, sin embargo, por otros cirujanos del hospital. En unos años más será posi-

ble formarse un juicio suscinto acerca del valor de este método en el cáncer humano, sobre la base de estos experimentos. Si los resultados son favorables, se adoptará ampliamente este método en el principio de cáncer y caerán en desuso las operaciones radicales en tan grande escala».

Esto comprueba el progreso efectivo alcanzado durante los últimos diez años y es suficiente refutación para los que aun proclaman el fracaso de la ciencia médica en el campo de las investigaciones del cáncer. Además, es probable que se establezca el cultivo de tejido «in vitro». Se ha visto que mientras el tejido animal sano crece indefinidamente mientras se le proporcionan alimento y calor, el tejido canceroso produce un veneno que, dejado en el fluido nutritivo, lo destruye. Se siguen estas investigaciones para comprobar si es posible utilizar este veneno del cáncer para destruir su crecimiento en un cuerpo viviente o, a lo menos, despertar en el cuerpo vivo un esfuerzo más poderoso en su propia defensa.

La propagación del cáncer ha sido estudiada últimamente con gran interés y la antigua teoría de que se verifica por la sangre ha sido abandonada. La propagación,—se ha demostrado en el hospital de Middlesex—, se verifica indefectiblemente por los canales linfáticos. Estos canales, por tanto tiempo olvidados, adquieren ahora un renovado interés. Debemos recordar que la sangre lleva el aire y el alimento desde los órganos centrales a las células individuales. El aire es llevado en forma de oxígeno en los glóbulos rojos de la sangre; el alimento va disuelto en la parte flúida de ésta. Cuando se llega a los últimos conductos sanguíneos, el oxígeno pasa por proceso de permeabilidad a sus células receptoras. El alimento también se filtra por las delgadas paredes del conducto sanguíneo. Este fluido no puede volver directamente a los conductos sanguíneos para recorrerlos en sentido inverso; por eso, en cuanto cumple su misión nutritiva, es cogido por diminutos conductos, los canales linfáticos. Estos los conducen hacia los centros principales, uniéndose entre ellos a medida que avanzan, a la manera de ramas de un árbol. Finalmente se llega al «tronco» o

canal linfático principal, que termina en una gran vena en el cuello; de este modo los desechos del fluido nutritivo vuelven a incorporarse a la corriente sanguínea.

Las células cancerosas tienden a esparcirse por el cuerpo a través de los tubos linfáticos. Avanzan en círculo teniendo por centro el tumor; lo mismo que la tiña, se propagan por sus orillas. En el caso del cáncer,—contrariamente al de la tiña—, el borde del crecimiento es invisible. El verdadero borde de crecimiento—a menudo situado lejos del lugar del primer crecimiento y en tejidos aparentemente sanos—, fué fijado y fotografiado por primera vez en el hospital Middlesex en 1904. Es obvia la importancia que este dato tiene para el cirujano que opera en un caso de principio de cáncer; posee ya una especie de «carta» de la línea de avance del enemigo. Sabe la ruta que seguirá el cáncer y puede anticiparse a su avance en muchos casos y así realizar una verdadera curación. El cáncer de la matriz puede propagarse sólo por dos vías, mientras que el cáncer del pecho tiene por lo menos doce canales principales de conducción; esto es, la operación de cáncer en la matriz tiene más probabilidades de procurar una curación perfecta que la operación de cáncer del pecho. De aquí también que la operación temprana sea mucho más certera que la tardía; el círculo creciente de la enfermedad es sometido al bisturí cuando su diámetro es aun pequeño; pocos canales linfáticos están comprometidos y las glándulas linfáticas que sirven de «filtros» en el curso de estos canales pueden no estar todavía afectadas. Este estudio quirúrgico del cáncer ha contribuído sin duda a salvar muchas vidas. Ha revelado también el hecho de que como el cáncer se propaga en círculo, en el centro de este círculo generalmente se está operando su curación, al mismo tiempo que la circunferencia está en plena actividad. El boletín de Middlesex confirma este extraño fenómeno en el siguiente párrafo:

«En ciertos casos el tumor empieza a recogerse en el centro hasta que con el tiempo sólo queda reducido a una cicatriz. Un canal linfático atacado por el cáncer se transforma en una

hebra de tejido cicatrizado en el que no se distingue ninguna célula cancerosa. En verdad, se puede decir que siempre acompaña al proceso del cáncer uno de reparación; cuestión importantísima que no debe pasar inadvertida. Esta restauración o curación local no pasa, sin embargo, de ser parcial; y así como un incendio se apaga siempre en la parte que primero se ataca, pero se sigue propagando al rededor, lo mismo sucede con el cáncer. Se puede esperar, no obstante, que este proceso infructuoso de curación natural pueda en un futuro próximo sugerir algo útil a la terapéutica. Se ha observado, al microscopio, que los cambios de curación están completamente ausentes del círculo de crecimiento de la enfermedad, el círculo linfático a que nos hemos referido. Aquí las células cancerosas, escondidas en los conductos linfáticos, parecen no provocar hostilidad de parte de los leucocitos, glóbulos blancos de la sangre, una de las mejores defensas corporales contra la enfermedad. Las estrechas relaciones entre las células normales y las cancerosas parecen contribuir al fracaso de la terapéutica, hasta hoy, para descubrir un veneno que mate a las células cancerosas dejando intactas a las normales. Es sólo cuando las células cancerosas empiezan a sufrir la opresión consiguiente a su superpoblación, que ocasiona la desnutrición y la degeneración, debido a la rapidez de la multiplicación, cuando se despiertan en el organismo signos de hostilidad por su presencia y se produce una reacción inflamatoria al rededor de las células invasoras».

Aun nos resta uno de los misterios más profundos que rodean al problema del cáncer. Fué enunciado tiempo atrás por Sir James Mackenzie en estas palabras: «¿Cómo mata el cáncer?» La respuesta es fácil cuando el tumor desintegra un órgano o se interpone a una función vital. Pero no así cuando no ocurre una lesión tan grave; porque entonces nos encontramos ante el hecho de que un círculo de células rebeldes, extendiéndose por una región del cuerpo, tiene el poder de destruir la vida como si dijéramos por su sola presencia. Se ha avanzado la idea de que el veneno del cáncer es el causante

de la muerte en tales casos. Pero no tenemos más detalles; y en realidad ignoramos por qué muere la mayor parte de las víctimas de esta enfermedad.

El tratamiento del cáncer, como se ha dicho, está encargado al bisturí del cirujano en combinación con una hábil aplicación de radio. No hay tratamiento ni aproximadamente tan eficaz. Pero persiste el temor a la cirugía y por eso aquellos que ofrecen un tratamiento sin efusión de sangre son fácilmente escuchados. En el presente estado de los estudios del cáncer es un deber para con la sociedad declarar categóricamente que los que aconsejan contra la operación en el principio de la enfermedad están dando consejos peligrosos. Se puede perder toda esperanza de curación si sólo se retarda unos pocos meses.

No podemos decir mucho en favor de la creencia de que el cáncer se puede prevenir por medio de dietas, tratamientos de drogas o fisioterapia. Puede o no ser efectivo que los pueblos primitivos escapaban a esta calamidad en mayor proporción que los civilizados. Entre tanto, está probado que el cáncer está ampliamente difundido entre los animales y aun en los peces. Atribuirlo al uso del te u otros hábitos modernos es tratar de adivinar; faltan las pruebas a este argumento y sin pruebas no tiene ningún valor. No cabe duda de que una vida sana es siempre una salvaguardia contra las enfermedades; pero el cáncer parece buscar sus víctimas indistintamente entre los débiles y los que no lo son, entre los ricos y los pobres, entre los civilizados y los primitivos.

En las circunstancias actuales es ocioso construir teorías. La grande y urgente necesidad del momento es la de observación constante y pensamiento claro.

Tomás Lago

El pescador arbitrario



NUEVAMENTE alerta y deseoso estoy ante mí mismo, mirando con ojos obstinados cómo se desenvuelve mi pensamiento en circulante velocidad, libre, sin continente ni límite, rebasa la palabra extraña que lo reduce y se advierte adherido al casco errante de mis recuerdos.

Solo estoy al borde de mi honda conciencia, virgen de mi red más traicionera, ante mi más adversa imagen, sin que un eco abroche mi voz que llama. Sin embargo, estoy pensando sin palabras, vertiginosamente, en multitud y atropello que asciende hasta el último término de mi mirada.

Tempestad silbadora y crujiente, avasalladora tempestad que yo solo oigo, te detendría ante la valla de mi sombra abandonada si quisiera, sin esfuerzo, dormido, si no fueses, certeramente, hasta en el fondo de tu última expresión que se debate, hacia ella la dolorida dueña de todo hasta de mi pensamiento más sencillo y pequeño.

Yo no quise decir esto que digo. Nunca he querido. Se cruzaban los deseos no obstante, sobre este único

deseo, fuesen perdidos o distantes, fatalmente, como las hebras del tejido sobre la raya de la ropa.

O bien te torcería, avenida. Como se peina una cabellera caudalosa fácilmente lo haría, partiendo en trenzas la corriente innominada, adelantando objetos donde se dividiesen o luchasen mis pensamientos suyos, que desde su luz hacia su luz se derrumban como destellos percibidos.

Pero aun en la colina más alta de mi vida, donde no alcanza con su aliento el recuerdo más antiguo, cerca, muy cerca de mi noche donde nada se oye, estoy frente a la oscura muchedumbre que clamorea en sus ojos.

He movido mi red que quiebra y pone en fuga mi imagen más adversa. El silencio es el más grande de la hora, la soledad la más alta pescadores. Pero sobre mi corazón mi red se envuelve, y se ha cerrado como un párpado soñoliento.

El recuerdo constante



AHORA yo estoy acodado y rígido con mis ojos abiertos. Se va este día; desde el fondo del horizonte arraigado, un pecíolo ramifica por el cielo las húmedas arterias de una hoja de oro. ¿En qué continente de zozobras, en qué lugar desamparado está ardiendo la hoguera de esta lumbrarada crepuscular? Yo estoy frente a ella acodado y rígido en la actitud del hombre solitario.

Todos los días fueron igualmente inútiles desde que no te tengo. El último yo lo perdí todo en forjar el recuerdo, mi corazón ardía como una llama viva y yo quería ser el prodigioso frente a mi corazón hecho fragua.

Tuerzo mi vida y la enquisto y hago fluctuar el instante que he de arrancar al tiempo que viene del infinito, sin detenerse, y rueda hacia la muerte de todos. Y tras mucho trabajar extraje el recuerdo vivo y palpitante y me hallé prendido a él irremediablemente.

Yo forjaba el recuerdo con mis manos impetuosas, con mis ojos ávidos, con mi oído dispuesto y mi alma sedienta que se precipitaban hacia ti como los años hacia los siglos. Me alargaba hacia todo lo que teníamos entonces, desde el blancor de tu frente y el aletear de tus labios hasta el luzaso de ocre en los árboles.

Yo lo quería todo para hoy que estoy solo y tú estás lejos, sin que mi vida prevalezca sobre la tuya, ni este cielo te cubra, ni mis pensamientos te encuentren.

El cielo esta tarde tiene el color oro pálido y la congoja de una hoja de otoño. Estamos en primavera, no obstante tú ya no estás conmigo.

Avizorante forjador yo extraje el recuerdo creciente y me abracé a él sin remedio, y ahora me duele y me pesa como un haz de remordimientos. Sin embargo hurgo en la sombra a cada instante y sigo a tu lado hablándote aunque ya nada existe.

Así yo he ido en la noche buscando fruta a los árboles agostados a la estación del invierno, y he creído cargada de frutas la hojarasca que se cruza en la som-

bra, como ahora tus recuerdos en mi alma, como tú en mi vida en la que ya nada eres.

—Ahora—yo forjé estos árboles prodigiosos del recuerdo, desde el fondo de mi mismo cuando estaba contigo. ¿Quién me dió esta fuerza incontrastable y rodante? Yo levanté estos fúnebres árboles hacia mis días venideros, alimenté y repartí sus negras ramas, concebí sus hojas mortuorias. Yo levanté estos árboles gigantes y sombríos como noches frondosas para tender mis brazos en vano y esterilizar mi vida.

A pesar de todo tus ojos ya no me alumbran, tu voz se me ha olvidado y tus cabellos caudalosos ya no llenan la copa de mi vida. Sólo estos recuerdos sombríos se elevan inmarcesibles y sus raíces me clavan convulsas y sedientas y me piden y me extinguen.

Ahora yo estoy acodado y rígido frente a este día muerto, hablándote aún, con mis dos ojos abiertos clavados en esta inmensa hoja otoñal del crepúsculo.

Los Eruditos

DOS sabios ingleses, los Srs. Whiterill y Forbes, discutieron durante largos años sobre si la casa llamada New-Place que William Shakespeare habitó en Stratford, su pueblo natal, fué o no de su dominio.

Por la misma época, a mediados del siglo XVII, otros sabios de la misma nación escribieron voluminosos in folios para averiguar si un hijo que en el año 1606 concibió la señora Davenant reconocía por padre al autor del Rey Lear.

Fué también objeto de enconadas controversias entre aquellos eruditos si la cláusula del testamento del célebre dramaturgo que dice: «dejo a mi esposa Ana Hatway la peor de mis camas», pudo cumplirse rigurosamente por la sucesión, considerando que de las tres camas que dejó Shakespeare a su muerte, no había ninguna inferior a las demás, por ser todas igualmente malas.

Reñidas y lamentables divergencias provocaron asimismo los tópicos que indico en seguida:

Si las medias de seda que usó la reina Isabel en el año 1616 fueron las primeras que llegaron a Inglaterra o si ya se había calzado otras iguales la mujer de King Harold poco antes de la batalla de Hastings.

Si las señoritas Susana y Judith Shakespeare, hijas legítimas de William, observaron siempre una conducta decorosa y si la menor de ellas, la Srta. Judith, se recibió o no de dactilografista en la Academia Mercantil de Oxford.

Si el abate Hardouin tuvo razón para sustituir la frase «non pridam» por «nos pridam» en un pasaje de Plinio, alterando radicalmente su sentido.

Si la muerte de Shakespeare y la de Cervantes ocurrida en la misma fecha, el 23 de Abril de 1616, constituye una simple coincidencia histórica o si debe atribuirse a una maquinación fraguada por los judíos de Amsterdam a fin de impedir la baja del *genio* en el mercado internacional.

Y no quiero referirme aquí a otros altercados de menor importancia porque sería cosa de no acabar jamás.

Sólo pretendo con estos breves ejemplos, poner de relieve los inapreciables servicios que los eruditos han prestado al género humano.

Cuando pienso en estos hombres abnegados, siento por ellos una admiración sin límites.

Ajenos a todos los halagos de la vida, indiferentes al sueño, al hambre y al frío, desafiando la ingratitude de los hombres, soportando miserias y vejaciones, ellos han reconstituido, desde el fondo de sus covachas, a la luz agónica de un candil, o desde las cumbres de las cordilleras abruptas, la verdad estricta de los acontecimientos, proporcionando a la Historia antecedentes fidedignos que nos permiten hoy a nosotros marcar, como en un tablero, las diversas etapas recorridas por la Humanidad en su progreso indefinido.

Los eruditos buscan las incógnitas para resolverlas, como el halcón busca las palomas para devorarlas. Es una necesidad imperiosa que los mueve aun contra su voluntad. La pasión investigadora los absorbe y obra en ellos prodigios increíbles.

Si, por ejemplo, se ignora en qué sitio nació Homero, por haberse extraviado la partida durante la invasión de los turcos, el erudito se da cuenta inmediatamente de que esta ignorancia es alrentosa y, cediendo al impulso que lo arrastra, se entrega con denuedo al estudio de tan importante materia. Registra archivos, examina documentos, hurga en todas las bibliotecas, profana las tumbas si es preciso, recorre los mares y los collados, y cuando ya se han muerto físicos cuatro de sus secre-

tarios, y se ha vuelto loca su mujer y se han arruinado todos sus colaboradores, este benedictino incansable publica por fin un volumen de 500 páginas en 4.º para entregar al mundo, que espera en suspenso, las siguientes conclusiones:

«Que si bien Atenas puede considerarse como la cuna auténtica del insigne poeta en virtud de graves y abonadas comprobaciones, no es posible, sin embargo, desconocer el derecho que a tan alto honor corresponde a las ciudades de Esmirna, Rodas, Colofon, Salamina, Chio y Argos.

Como se comprende, con este veredicto se ha dado un gran paso en el camino de los conocimientos útiles y la Facultad de Humanidades estará en condiciones de llenar los vacíos que se notan en sus programas.

Es cierto que Montaigne dice por ahí en los «Ensayos» que los eruditos son gente pedantesca, con la cabeza llena de chucherías como un bazar levantino. También es cierto que los espíritus frívolos hacen chistes para burlarse del Doctor Topsisius o del profesor Porter que se ha pasado casi toda la vida estudiando el dinamismo rudimentario de las cucarachas y las características antisociales del puerco espín. Pero esto no puede causarnos extrañeza, ya que el hombre—que generalmente vive ocioso—se ha reído siempre de lo que no entiende y ha hecho mofa hasta de lo más sagrado. Los ingleses se rieron del arte trágico de Sara Bernard y los franceses se han reído y siguen riéndose de ese tipo fúnebre, indigesto y venerable que se llama pastor anglicano.

Risa provocan también en este siglo de lucha de castas y de egoísmo feroz los tres principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, considerados hasta ayer como el lábaro de los ideales humanos.

Podría agregarse asimismo que los eruditos son seres unilaterales y rectilíneos, que excitan espontáneamente la hilaridad, porque dan la sensación del automatismo.

Y aunque esto sea cierto desde el punto de vista filosófico, no lo es del lado práctico y científico, desde donde nosotros contemplamos este asunto.

Es claro que un profesor austriaco que va por los campos con su red de mallas en una mano y su quitasol en la otra, escurreándose entre las peñas, oteando los ribazos y cayendo a veces por los taludes en persecución de una esquiva mariposa, es un personaje cómico al decir de Freud. Pero ¿quién podría asegurar que este hombre no realiza una obra beneficiosa para la colectividad? ¿Quién podría negar en absoluto que este inocente entomólogo conducirá algún día a su patria a un lugar prominente en el concierto de las naciones? ¿Y qué cúmulo de interesantes noticias no van a adquirir nuestros hijos acerca de los lepidópteros cuando el profesor se reincorpore a la Universidad y presente ante ella su nutrido informe?

Debemos, pues, inclinarnos respetuosos ante estos héroes de la ciencia que todo lo sacrifican por darnos la luz que tanta falta hace en nuestros espíritus.

Hombres, ideas y libros

Las investigaciones del Profesor Lopicque

LA buena idea que ha tenido la Universidad de Chile de contratar periódicamente distinguidos profesores extranjeros, nos permite, de vez en cuando, ponernos en contacto con algunos de los hombres que, si no son los propulsores principales del movimiento científico y filosófico contemporáneo, por lo menos están muy al cabo de él y han contribuido a su mayor eficiencia y difusión.

Este año visita nuestro país el profesor Lopicque, biólogo muy conocido, quien, a más de haber realizado una serie de estudios sobre el régimen alimenticio humano en tiempos de la gran guerra, trabaja desde hace más de treinta años en un tema de fisiología que puede llegar a tener una importancia enorme en el futuro, tanto por sus aplicaciones prácticas, como por las consecuencias teóricas que han de deducirse de él. Nos referimos a lo que M. Lopicque y su discípulo Bouguignon han llamado la *cronaxia*.

Esta es la materia que ha elegido para hacer el curso privado, dedicado especialmente a los médicos y estudiantes de medicina.

En su curso público, ilustrado con interesantes películas demostrativas, se preocupa de hacer una vulgarización de algunos conceptos biológicos.

Como las ideas originales de M. Lopicque se refieren exclusivamente al concepto de cronaxia, creado y estudiado por él,

procuraremos dar en estas líneas una ligera explicación del significado y alcance de este término.

La etimología de la palabra, del griego, es «valor de tiempo» y, como ella lo dice, M. Lapicque ha encontrado una constante de tiempo de reacción para toda la materia animada. Esto no quiere decir que haya sido el biólogo francés el primero en haber pensado sobre la posibilidad de la existencia de una constante de esa clase.

Ya Bechterew habla en una de sus obras de un ritmo determinado en las reacciones celulares, pero se refiere nada más que al sistema nervioso, y, es preciso reconocerlo, lo hace de una manera vaga.

Las investigaciones de M. Lapicque partieron de una experiencia muy conocida en fisiología, hecha por el famoso sabio alemán Dubois Raymond. Esta experiencia consiste en excitar un músculo por medio de la corriente eléctrica. Se obtiene una contracción del músculo en el momento de abrir y cerrar el circuito. Si la corriente se produce lentamente no hay contracción y el tiempo de paso de la corriente no influye tampoco sobre el músculo de una manera efectiva. Variando el tiempo de paso de la corriente, haciéndola pasar durante cinco minutos, por ejemplo, o durante $1/200$ de segundo, la contracción que se produce es absolutamente la misma; por lo tanto, Dubois Raymond llegó a la conclusión de que el factor tiempo no tenía intervención alguna en la reacción muscular y, en general, en las reacciones biológicas.

Dubois Raymond operaba con músculos de rana, animal que corrientemente sirve para las experiencias de fisiología, y sus resultados en los tiempos experimentados por él, son indudablemente incontestables.

Pero algunos otros fisiólogos, entre ellos Engelmann, operando en músculos de otras especies zoológicas, en el ureter humano, hallaron por el contrario, que el tiempo tenía una importancia considerable en la reacción con que el músculo respondía a la excitación eléctrica.

Encontraron, eso sí, que pasado cierto tiempo, límite, la reac-

ción era siempre igual. De todas maneras quedaba comprobado que la teoría de Dubois Raymond era falsa.

Desgraciadamente, la autoridad del biólogo alemán era tan grande, que durante ochenta años siguió enseñándose su doctrina en la materia, desconociéndose por completo los trabajos de sus contradictores.

Sólo cuando un sabio francés, George Weiss, demostró que aun en el caso del músculo de la rana, la interpretación de Dubois Raymond era falsa (1). Se dejó de enseñarla en las Universidades, aunque algunas, como la de Santiago, seguían exponiéndola hasta el año pasado.

* * *

Inspirado en esto, M. Lapicque pensó desde el primer momento que no sólo en la reacción muscular tenía importancia considerable la noción del tiempo, sino que ella se extendía a todas las células vivas.

Todavía más, pensó que el tiempo de reacción era siempre constante en cada especie, en cada tejido, en cada célula. Esto fué lo que denominó cronaxia, es decir, la constante de tiempo de cada elemento vivo.

Expliquémonos. La noción de «constante de tiempo» proviene de la ciencia física y trataremos de aclararla presentando al lector un caso concreto.

Una cuerda metálica, pongamos por caso, sometida a cierta tensión, vibra siempre con un mismo número de vibraciones, 300 por segundo, por ejemplo, cualquiera que sea la fuerza o el medio con que la hagamos vibrar. Esto es lo que constituye la característica de la cuerda, su constante de tiempo 300 vibraciones por segundo.

Cada vez que la hagamos vibrar obtendremos un mismo nú-

(1) G. Weis halló medio de reducir aún más los tiempos en que se había operado sobre los músculos de la rana: llegando a $\frac{2}{1000}$ de segundo de paso de la corriente, se obtenía una contracción a , que aumentando el tiempo del paso de la corriente hacía aumentar también la contracción.

mero de vibraciones en el mismo tiempo. Esto se expresa en física con una relación matemática: si las vibraciones de una cuerda son 300 por segundo, se dice que su constante de tiempo es $1/300$; si es 500, se dice que la constante de tiempo es $1/500$, etc.

Ahora bien, M. Lopicque ha encontrado, como lo decíamos, en el campo biológico el mismo hecho que es familiar a los que se ocupan de física. Sostiene que un elemento biológico tiene siempre en todas sus relaciones la misma cronaxia, es decir, la misma constante de tiempo.

Si por ejemplo, para que una célula sea excitada por un choque mecánico de una intensidad dada se necesitan 2 segundos, se necesitará el mismo tiempo de aplicación para que la misma célula sea excitada por un estímulo eléctrico o químico de una intensidad equivalente.

Las experiencias de M. Lopicque parecen demostrar que cuando un estado patológico de cualquiera naturaleza viene a disminuir la vitalidad de una célula, su cronaxia aumenta, y en consecuencia este hecho puede ser empleado para el diagnóstico de algunas enfermedades y se ha utilizado especialmente con buenos resultados en el estudio de la degeneración y atrofia muscular, cualquiera que sea su etiología.

No entraremos en detalles sobre la teoría de M. Lopicque y, para terminar, sólo nos referiremos a una de las consecuencias que dejó entrever el sabio francés en una de sus clases:

Dijo que sus experimentos le habían demostrado la existencia de una cronaxia igual en todos los neurones del sistema nervioso y, basándose en ello, insinuó la aplicación de una propiedad de la constante de tiempo en física a la explicación de la conductibilidad nerviosa. Nos referimos a la resonancia.

Se sabe que los cuerpos que tienen la misma constante de tiempo presentan el curioso fenómeno de ponerse en acción los unos a los otros. Así por ejemplo, si hacemos vibrar una cuerda que tenga una constante de tiempo de $1/300$ en una pieza en que haya un instrumento cuyas cuerdas tengan la misma constante de tiempo, las otras cuerdas vibrarán también. Y este es

un hecho que todos hemos podido observar al tocar una nota en un instrumento y verla reproducida en otro contiguo.

Pues bien, los neurones del sistema nervioso conducirían las excitaciones periféricas o centrales en la misma forma. La excitación de uno, excitaría al otro por un fenómeno análogo al de la resonancia.

Lo que hay de verdad en esto sólo podrá saberse cuando se profundice más tarde y se difunda la teoría de M. Lapique.

M. WEINSTEIN.

Balzac, Dostoyevski y Proust

DICE el crítico francés Jacques Rivière en un artículo sobre el novelista de *Los Hermanos Karamazof*: «Dostoyevski se interesa sobre todo por los abismos de los personajes, y pone todo su cuidado en sugerirlos más y más insondables. Nosotros, al contrario, colocados frente a la complejidad de un alma, a medida que la vamos representando buscamos, instintivamente, organizarla».

Balzac organiza complejidades. Omite trazos espirituales contradictorios que pueden desequilibrar la figura; o bien, interpreta pequeños misterios que, puestos en claro, pierden para siempre su calidad. Balzac es un grabado de líneas netas en el que no hay sombras. Leyéndolo nos corroe un dogmatismo profundo: creemos que las personas cuyo estudio nos ofrece la vida son como nosotros las pensamos y que sabemos de ellas mucho más que ellas mismas.

Dostoyevski obra con gran humildad. Hay un punto en el cuadro del alma que él no cree poder representar más que por una mancha de sombra. En la sombra algo parece adivinarse, pero cuando queremos fijar los rasgos de aquello que oscuramente se mueve, nos damos cuenta de que estamos organizando las vibraciones de una sombra, y que la simple mancha negra es todo lo que, en aquel punto, existe. La lectura de Dostoyevski nos deja la visión intranquila de que el alma es una gran ave extraña en cuyas garras implacables vivimos.

Proust viene después de Dostoyevski, y está prevenido. Sabe que los novelistas torneaban muchas veces el alma con tan desmedido afán de borrar sus incoherencias que, de un

gran trozo, no quedaba a veces más que un frágil vástago; sabe que el alma no está completa si se hacen desaparecer sus cuencas y relieves arbitrarios. Pero, a pesar de saber todo esto, instintivamente la lógica francesa respira en él y, como europeo, también organiza el alma. ¡Ah! la organiza con gran cuidado y honradez; utiliza un torno extraordinariamente meticuloso que al ir desbastando procura conservar, siempre limpias, todas las formas características e irregulares. Como una prueba final de honradez nos recoge, en páginas pletóricas, las virutas y el aserrín desprendidos de aquel trabajo paciente y genial. La lectura de Proust nos convence de que la cartografía del alma podía aspirar, aun después de la novela psicológica de principios del siglo, a una exactitud mayor; y los escrupulosos planos que levanta del espíritu son comparables a las cartas del Almirantazgo inglés, junto a las cuales parecen impresionar más los dibujantes de los mapas primitivos y los apuntes pintorescos de los viajeros maravillosos, que suplían la precisión y la prolijidad con la generosa elocuencia que tiene lo incompleto.

ANTONIO CASTRO LEAL.

El Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, y la censura en España.

EL doctor Alfredo L. Palacios, decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata, con ocasión del incidente suscitado en Madrid por la resolución del Directorio Militar que prohibía la conferencia anunciada por el profesor argentino doctor Mario Sáenz, hizo pública su protesta contra la actitud del Gobierno Español y la expresión de su solidaridad intelectual con el doctor Sáenz, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Estimamos que el documento redactado por el doctor Palacios reviste un particular interés ideológico y de actualidad, y nos complacemos en reproducirlo a continuación:

«En conocimiento que el Directorio Militar que actualmente detenta el gobierno español ha suspendido la conferencia que debía pronunciar ayer en la Universidad Central de Madrid, el decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, doctor D. Mario Sáenz, disertando sobre «La violencia», en el curso que dicta en aquella capital, desarrollando el tema de «El problema de la fuerza y el derecho» y

«Considerando: Que tal acto de fuerza, realizado al día siguiente de haber suspendido otra conferencia del doctor Augusto Barcia sobre la «Liga de Naciones», significa la expresión de un sistema represivo de la libre emisión del pensamiento, que ya no se dirige contra partidismos o teorías considera-

das como más o menos subversivas, sino que pretende ahogar la voz de la ciencia misma del derecho, base de los pueblos cultos y conquista la más alta de la conciencia social;

«Que ese desconocimiento extremo de los derechos inalienables de todo hombre de pensamiento entre los pueblos civilizados, a la vez que denota la fragilidad de aquellos que lo cometen apoyándose en la fuerza organizada del Estado que usurpan en su propio beneficio, constituye una injuria a la ciencia del Derecho y un baldón para el solar de nuestra raza, cuyos altos prestigios intelectuales y morales, fundados en un pasado de gloria, y acrecentados hoy por ilustres personalidades, todos estamos en el deber de custodiar como tesoro espiritual que pertenece a la comunidad de los pueblos ibéricos;

«Que esa censura desatentada, restauradora de tiempos desaparecidos hace varios siglos por fortuna, se ha ejercido primero contra los intelectuales españoles y ahora pretende sofocar la voz de un profesor argentino, impidiendo de ese modo la obra de acercamiento y confraternidad Ibero-Americana que estamos realizando los que aspiramos a un porvenir de grandeza y de gloria para nuestra raza, dentro de la libertad y del derecho, que reconquiste para ella su puesto dirigente y primordial entre las demás razas del mundo;

«Por ello, el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata resuelve: Hacer pública su solidaridad intelectual con el decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, doctor Mario Sáenz, y su enérgica protesta contra el poder usurpador de la soberanía española, que lesiona los derechos de la inteligencia y mancilla los prestigios de la raza».

Un discurso de José Vasconcelos

LA ENERGÍA DEL BIEN Y EL JÚBILO DE LA LIBERTAD

Reproducimos a continuación el discurso pronunciado por Vasconcelos el 27 de Marzo pasado, acto al cual el eminente pensador y político mexicano da el carácter de un homenaje a los estudiantes de la República del Ecuador.

LA voluntad de los estudiantes del Ecuador ha hecho caer sobre mis hombros uno de esos honores, que por sí solos bastan para hacer amable una vida: el honor de entregar a los jóvenes de mi patria la placa de oro con las armas de la Universidad de Quito, en testimonio perdurable del primer esfuerzo de acercamiento de una generación que parece resuelta a consumir la identidad espiritual, del Ecuador y de México, y de México y el Ecuador con los demás pueblos Ibéricos del Continente.

Los estudiantes del Ecuador han querido con muy buen acierto, que la placa que es para ellos el más alto símbolo de la patria ideal, el símbolo del pensamiento ecuatoriano, fuese a parar a las manos del joven estudiante mexicano vencedor en un torneo de ciencia histórica ibero-americana. Y yo me complazco en dejar cumplida esa voluntad de mis mandatarios, poniendo en manos del señor don Luis Rubio Siliceo, ese trofeo de la inteligencia y del corazón, del cual habrá de constituirse

depositario, más que dueño. Depositario únicamente, porque es demasiado precioso para que vaya a quedar ligado a los azares de una fortuna individual. En tal virtud me atrevo a pedir al agraciado que, así que no pueda guardar este su tesoro, cuando la proximidad de la muerte o la ausencia de la patria o cualquier género de incapacidad le amenace, tome las medidas necesarias para dejarlo a salvo, ya sea en el Museo de Historia que guarda las reliquias de nuestros padres, o en el Depósito de la Universidad, donde la seguirán custodiando las generaciones que nos sucedan.

Así conviene obrar porque el encargo, más valioso que el oro macizo que pesa, está grabado por artífices ecuatorianos que derivan su arte de los refinamientos de la Colonia, y su diseño es símbolo del amor y la conciencia de una juventud ilustre por su sangre y privilegiada por su porvenir. Ilustre porque descende de los arrestos nobilísimos y sublimes de Antonio José de Sucre y del talento generoso y deslumbrante de Olmedo, de Rocafuerte y de Montalvo: privilegiada porque recibirá la herencia de veinte pueblos que preparan una humanidad mejor.

El Ecuador es con el Perú y Colombia y México, un país antiguo y genuinamente literario. Sólo la ignorancia en que se nos educa, la necia patriotería que hace arrancar nuestra vida nacional de sólo episodios locales, puede explicar el olvido en que vivimos con respecto a una tradición que es asombro de quien la lee y que debiera ser en nuestras almas, como un cimiento de confianza en nuestras capacidades y un impulso de orgullo creador.

Desde 1555 y junto con la barbarie, por descubridora, fecunda, de los Pizarros y los Almagros, la obra de la civilización comienza a iniciarse en Quito, la ciudad levantada sobre las crestas de un volcán, como para simbolizar el espíritu imponiéndose al fuego, al temblor y a la altura. Cerca de Quito chocaron ambiciones fieras y se iniciaron proezas insólitas. Los Pizarros y Almagro, procedentes del Perú, disputan el terreno a Alvarado que llegaba después de consumir la hazaña de marchar sobre la cordillera, desde Guatemala a Panamá y Co-

lombia. Magnífico paseo de águilas en que el alma iba adelante, impulsada no por la codicia del oro, sino por el afán de los panoramas hermosos y la curiosidad de las regiones nuevas. Codicia de paisaje y afán de hermosura que revela, en aquellos héroes, el germen de la raza nueva cuya misión es interpretar la vida en su esencia, como una manifestación de la belleza divina.

También de Quito, o de allí cerca, partió Orellana para consumir esa expedición, que es la más ilustre, la más arriesgada, la más trascendental y estupenda de todas las expediciones terrestres, la que produjo el descubrimiento del curso y desembocadura del Amazonas.

En Quito se repitieron los horrores de la conquista armada y los milagros del espíritu misionero. El espíritu que ganó mundos para una fe generosa, cuyo triunfo se aplaza cada vez, porque la vida humana no es digna de consumarla.

En Quito, apenas fundado, se comenzaron a cultivar las letras, con el mismo ahinco con que se cultivaban en Lima y en Bogotá y en México, los tres centros civilizados, las tres Atenas del Continente en la época en que Boston y New York apenas eran puertos de mercaderes.

La literatura de los primeros siglos fué un reflejo pálido de la Metrópoli, pero la labor de las órdenes religiosas preparaba lo que es indispensable para que aparezca el hombre de letras, el medio culto que lo estimule y lo complete. Al principio no se escriben sino relatos de la conquista y cartas de viaje y crónicas de las órdenes religiosas. El primer nombre propio importante para la historia de las letras, Gaspar de Villa Roel, aparece hasta los comienzos del diecisiete, el siglo del surgimiento de la América Española. Versos, prosas, discursos, comentarios y sermones, escribió Villa Roel con espíritu combativo de sacerdote y de artista y dando tregua a una inquietud que lo llevó a recorrer, en aquellos tiempos de caminar difícil, toda su patria y el Perú y España y Chile.

Acerca del hombre que inicia la historia intelectual del siglo dieciocho, dice Isaac Barrera, el distinguido escritor contempo-

ráneo a quien sigo en esta brevísima ojeada: «se llamó don Pedro Vicente Maldonado, nació en Riobamba y fué uno de los hombres que mayores conocimientos reunió en su época, pues además de su competencia reconocida en las ciencias matemáticas, *ejerció la acción con altas miras de mejoramiento público*. Con la visión exacta de las necesidades del país, trabajó por la apertura de un camino que uniera la costa con la capital, al mismo tiempo que hacía estudios geográficos sobre la Provincia de Esmeraldas y del reino de Quito en general. Estos trabajos encomiados por académicos franceses, recibieron altísimo elogio de Humboldt. Más tarde figuró Maldonado con honor en academias científicas de París y de Londres».

Era aquella la época en que no necesitábamos de que las grandes obras públicas las ejecutasen ingenieros y contratistas extranjeros; producíamos cultura, no era indispensable importarla; y se llamaba acción a la obra constructiva, no como hoy se estila llamar hombre de acción al que mata en las batallas o en la emboscada.

Ya a principios del diecisiete había en Quito dos Universidades ocupadas en la enseñanza del Latín, la Metafísica, la Teología y la Jurisprudencia. En nuestros tiempos prevalece un justo desdén por la Jurisprudencia, porque el derecho social contemporáneo va dejando muy atrás la fría justicia romana que en parte representa la norma de sus conquistas, pero hay que ver que en aquella época la Jurisprudencia era el saber que moderaba los rigores del mando meramente militar; era el paso a la civilización. Enseñar Jurisprudencia en la Colonia, en el país de los conquistadores, era prepararles la emancipación y adiestrarlos en las armas de la libertad, La Jurisprudencia era entonces la ilustre y valiente rival de la espada.

La primera imprenta ecuatoriana se fundó en Ambato y el primer opúsculo en ella publicado es de 1754. A mediados del dieciocho aparece Eugenio Francisco Javier Santa Cruz y Espejo, «un indio genial», dice Barrera, «grande no sólo por ser una figura de excepción en el medio borroso y desteñido de la época, sino porque tuvo un gran talento, una asombrosa

erudición, una curiosidad insaciable, una nerviosidad altanera y terrible y el anhelo heroico que empuja hacia las cosas grandes. Fué uno de los precursores de la emancipación, el primer periodista del Ecuador y el primer enciclopedista, la figura intelectual más prominente de toda la época de la Colonia».

La expulsión de los jesuitas llevó a Italia un gran número de ecuatorianos ilustres, como el polígrafo Velasco y el Poeta Aguirre, que llegó a ser Rector de la Universidad de Ferrara.

Al comenzar el siglo diecinueve, Quito, floreciente de cultura palpitaba con el anhelo de la libertad. La propaganda de los enciclopedistas, la visita de sabios como Humboldt, Bompian y Caldas, el impulso de los patriotas, y el entusiasmo de la juventud, la soberbia de los criollos delante de la altanería de los chapetones, todo anunciaba la tragedia espléndida que había de transformar el Continente. El 10 de agosto de 1809, se constituyó la Junta Suprema cuya trascendencia para la libertad del Continente habéis estudiado con acuciosidad y lucidez.

La época de la guerra de Independencia marca como un alto en la producción literaria; los poetas de ese período se llaman Bolívar y San Martín y Sucre. El pensamiento se confundió con la acción, para crear esas obras de arte que se llaman: Las Campañas de Bolívar, y las Batallas de Pichincha, de Junín y de Ayacucho. Fué aquello como el comienzo de una especie de caos de que todavía no acabamos de salir, pero que aun para las letras ha sido fecundo. «En un siglo de vida independiente, dice con razón Barrera, el Ecuador puede mostrar ingenios y hombres ilustres en mayor número que los tres siglos anteriores del coloniaje»; y agrega: «el primer poeta de la República y el primer poeta de la América en ese tiempo, es Olmedo». Olmedo fué el cantor de Junín y Ayacucho, de Bolívar y de la libertad del Continente.

El alma ecuatoriana se define y se expresa por aquellos tiempos en la gran figura continental de Rocafuerte: Magnífico y justísimo consocio de hombre con nombre. Proteo vigoroso, naci-

do para crear naciones. Asistió a las Cortes de Cádiz, se negó a rendir homenaje a Fernando VII, volvió a España con comisión de Bolívar; hizo propaganda revolucionaria en Estados Unidos, luchó en México contra Iturbide, hizo aquí periodismo, sirvió a la Legación Mexicana en Londres, conoció nuestras cárceles por no transigir con déspotas y después de dejarnos lo mejor de su pensamiento republicano, volvió a su patria de origen. También allá en el Ecuador se vió combatido, se afrontó con los caudillos, estuvo a punto de ser fusilado, y finalmente, cumpliendo su destino providencial llegó a la Presidencia. Ya en este cargo puso el modelo de lo que hubiera llegado a ser la América, si los caudillos militares no hubiesen impedido la acción de los hombres ilustres, si no hubiese prevalecido el sistema de que la presidencia sea un botín que se recoge en los campos de batalla, o en los conciliábulos de la defección. Rocafuerte es el mejor Presidente que ha tenido el Ecuador y es también una de sus mayores figuras literarias. Su espíritu tolerante, su amor apasionado de la libertad, su estilo vigoroso, su expresión clara hacen que hoy mismo, las obras de Rocafuerte constituyan enseñanza valiosa y estímulo de los que luchan para levantar el pueblo de la abyección y encender en los pechos el fuego de la justicia.

Cuando se escuchan estas historias y se ve cómo en aquellos tiempos heroicos un mismo personaje influía decisivamente en los destinos de varias naciones, cuando se sabe que un Rocafuerte hizo política y periodismo en México y agitó la opinión en España y fué después presidente del Ecuador, se comprende que no es la distancia, una distancia que en nuestros días se ha acortado, lo que nos tiene apartados, sino la decadencia del nervio y la ceguera. ¡Duele mirar en nosotros una estirpe que ya no conoce a sus padres! En vez de los antiguos héroes tenemos patriotas, amurallados en sus fronteras, que niegan el hispano-americanismo o lo relegan a la condición de un sueño imposible. No saben que fué realidad cuando la raza era pujante y grande, y que si no vuelve a serlo será porque ya jamás levantaremos la frente.

De la misma época de Rocafuerte es Moncayo, que jamás transigió con los desmanes de los políticos ni con las flaquezas del carácter y a semejanza de nuestro padre Mier, pasó la mayor parte de su vida en el destierro.

Al lado de Moncayo se formó Montalvo, el primer escritor ecuatoriano y uno de los dos o tres del Continente. Montalvo es piedra angular de nuestra literatura y modelo de virtud cívica en patrias que casi no conocen el civismo. Por su bella prosa que triunfó en todos los asuntos y por sus gallardas y esclarecidas actitudes frente a uno de los azotes de la raza, el déspota García Moreno, la figura de Montalvo es de aquellas que forman el abolengo de una estirpe. Su vida se reparte entre el estudio y la lucha. Cuando García Moreno sube al poder, Montalvo sale al destierro. Su pluma se dedicó entonces a limpiar el ambiente continental. Escribió la historia de los Héroes de la Emancipación Americana para hacer resaltar las virtudes de los grandes frente a los crímenes de los déspotas y como un reto a los malvados que alcanzaban éxito. Su campaña contra el despotismo conmovió a la América en la misma época en que el despotismo había llegado a ser la ley. Sus artículos aparecían con el «estruendo y claridad del rayo». Al mismo tiempo su obra literaria se condensaba en páginas magníficas sobre temas jamás pensados antes en América, según puede verse en los Siete Tratados. Todavía no hemos hecho justicia plena a Montalvo por la sencilla razón de que los males que él combatía no han desaparecido del todo, y porque sus frases quemarían aún muchas frentes. Montalvo es el hermano espiritual de Sucre, pero el poder sólo por excepción ha ido a manos de los discípulos de Sucre, por regla general lo han ejercido los descendientes de quienes lo asesinaron. La familia heroica ha seguido, sigue dispersa. Sin embargo, de los déspotas que que flageló Montalvo no queda nada y en cambio, la figura del pensador immaculado sigue creciendo y se ha identificado con el Continente. Día llegará en que no se sepa de sus rivales sino porque tuvieron el honor de merecer sus anatemas. Pues el genio en su prosa justiciera, forja la historia. Y si alguna vez dentro

de cien o de quinientos años, cuando ya nadie recuerde sus nombres, algún erudito ocioso pregunta, ¿quiénes fueron los déspotas de entonces?, la respuesta tendrá que irse a buscar a las páginas de Montalvo. Lo que allí se dice eso es la verdad; lo demás, si todavía existe, no tendrá importancia, pues no va a juzgarse del malvado por lo que de él digan sus víctimas atemorizadas o sus cómplices; la verdad sólo la entienden en estos casos, la conciencia immaculada, la conciencia iluminada; y Montalvo es una de las primeras luces de la estirpe. Su lucha, como la de Sarmiento, fué heroica y desesperada. Sarmiento venció y la Argentina se hizo grande. El día en que allá, en la patria que poseemos en el centro de los Andes, la civilización y la cultura se impongan en toda su plenitud, ese día será el día del triunfo de Montalvo.

La gran figura del pensador ecuatoriano, expresa toda una época, pero no la agota; después de él vendrán muchos ingenios para seguir luchando por las mismas nobles causas. Para no incurrir en omisiones graves, no me atrevo a citar más nombres. La historia literaria del Ecuador, como su historia política, es digna de un dilatado y cuidadoso estudio. Ojalá que el éxito de este torneo estimule a todos los jóvenes de México a nutrir sus almas con el ejemplo de las virtudes y las grandezas ecuatorianas. Con el ejemplo de un pueblo que, como nosotros, ha bregado y ha sufrido, pero asienta su esperanza en el poder de una juventud intransigente con el mal y devota de la gloria y de la libertad.

Por el corto esbozo que hemos recordado, podréis juzgar los tesoros de fuerza, de virtud y de genio que están contenidos en la patria lejana cuya juventud os tiende los brazos en invitación fraternal. Responded a los hijos de aquella porción de la patria común, protestando que procuraréis igualarlos en cada acción ilustre. Juradles en nombre de Montalvo y en nombre de Madero que en la nueva patria, que todos juntos habéis de forjar, no habrá más que dos potestades: la energía del bien y el júbilo de la libertad.

JOSÉ VASCONCELOS.

GLOSARIO DE REVISTAS

Cultura Femenina

En su número de marzo la «Revista de Occidente» publica un estudio de Jorge Simmel, sobre un tema propio del autor de la «Filosofía de la Coquetería»: La cultura femenina. Versa este nuevo ensayo del gallardo pensador alemán acerca del papel que corresponde a la mujer en la civilización contemporánea. Escribe Simmel en un lenguaje de filósofo muy coloreado de matices psicológicos, de sutilezas y diferenciaciones, y vamos a glosar en tosco romance las consecuencias más originales que se deducen de su largo escrito.

Para Simmel la cultura es también cuestión de sexos. Nuestra cultura y la de los cinco o seis mil años que nos es dado conocer en la historia, es exclusivamente masculina. «Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la religión», es decir, las formas típicas de nuestra sociedad. No existe una cultura «asexual», presentada en formas tan

abstractas, que en ella desaparezca esta dramática división de los sexos. (De las Ciencias sólo las Matemáticas pueden considerarse como «asexuales», «pero es que los objetos de la matemática no dan ocasión a que el intelecto reaccione de un modo distinto en el hombre que en la mujer»).

Las otras formas del pensamiento más movibles e impresionables son afectadas por esta diferencia: y si hubiere filosofía en algunas páginas de Santa Teresa, ésta sería orgánicamente diferente de la filosofía de Kant.

Entre Shakespeare y Safo hay una diferencia de constitución; a pesar de que todo gran artista parece hermafrodita por la manera como recoge el mundo. Agita las pasiones más diversas,—el «amor bonachón de provinciana parvenue de Oselia», como decía Laforgue, o la maldad calculadora y sombría de una Lady Macbeth,—pero será el estilo, el «quid», algo misterioso y subjetivo lo que diferencie la obra del hombre del de la mujer.

George Sand se nos ocurre como ejemplo. De las escritoras del siglo pasado, ninguna sufrió como ella las influencias masculinas: por su actitud dominadora, osada, desnudamente sensual, cuando la vemos junto a hombres delicados e hiperestésicos como Chopin y Musset, ella parece el hombre. Las novelas de George Sand son como revistas de las actualidades de su época. Pueden distinguirse en su obra dos etapas. Las novelas campesinas animadas del «retorno a la naturaleza» que habían predicado Saint Pierre y Rousseau y con mayor retórica y cristianismo el vizconde de Chateaubriand, y las novelas sociales escritas como consecuencia de la agitación social de Francia en la época de Luis Felipe. George Sand fué socialista. Ella noveló los editoriales de «La Réforme» y las teorías de Saint-Simon, de Ledru-Rollin, de Louis Blanc. Sin embargo, ¡qué ingenuo, qué femenino nos resulta su socialismo! Debemos convenir con el autor de un compendio de historia en «que George Sand aceptaba demasiado fácilmente las ideas de sus amigos».

Hasta aquí todo va muy bien. Parece que distinguiéramos entre la obra masculina y la femenina, y si no en la esencia misma de las ciencias y de las artes, afirmáramos la posibilidad de que cuando menos en la expresión o la forma de éstas, la

mujer marcara su sello propio e inconfundible.

Pero Simmel nos hace sentir lo dramático de esta antinomia: no existe en el arte o en la ciencia un estilo o un método femeninos; aquí como en todo, la mujer permanece sometida al hombre.

Y he aquí la historia de la mujer que quiere participar en la cultura. Ella llega a un mundo creado por los hombres: en todo género de actividades intelectuales el hombre ha formado la tradición. Ella no puede improvisar formas nuevas. En Filosofía se encontrará con Aristóteles, Bacon, Kant, Comte, Spencer—guías de tendencias determinadas—; en literatura ¿cómo librarse del espíritu de Dostoievsky, del estilo de Flaubert? Y la labor de la mujer es asimilarse a una cultura ya hecha. De aquí dice Simmel que «en el arte la esfera propia de la mujer está constituida por las artes reproductivas: arte dramático, ejecución musical, el tipo sumamente característico de la bordadora, cuya laboriosidad y habilidad incomparables se aplican a las reproducciones de un modelo dado. En las ciencias es notoria la facilidad con que las mujeres reúnen y coleccionan datos; y en esta clase de labor llegan a sus más altos rendimientos con la profesión de maestra, que les permite conservar su independencia funcional transmitiendo

una tradición ya formada. En suma: dentro de la cultura actual la actividad femenina es tanto más eficaz cuanto que el objeto de su trabajo está impregnado del espíritu de esta cultura, es decir, del espíritu masculino. En cambio fracasa generalmente en la creación, es decir, cuando sus energías originales están dispuestas por modo diferente del masculino, tienen que verterse en las formas que exige la cultura objetiva, es decir, la masculina». No es que se le niegue a la mujer capacidad creadora, sino que las realizaciones de todas las formas conocidas de la actividad intelectual están coordinadas en «profesiones de la manera más conveniente y adecuada a la capacidad del hombre, al ritmo e intención masculinos.»

Se habla mucho de la influencia de la mujer en la lírica moderna y hay ya en la literatura «una serie de mujeres que no tienen la ambición servil de escribir como un hombre, que no delatan por el uso de pseudónimos masculinos el desconocimiento total de las originalidades específicas de su sexo.» Pero aquí también las mujeres encuentran un idioma hecho y subsiste la contradicción de llenar las formas masculinas en un contenido femenino.» Hay ejemplos típicos de esta contradicción que Simmel se olvida de citar. No existe entre las grandes escritoras ninguna que equi-

valga en la novela a Flaubert y en la poesía a Lecomte de Lisle, nombres que escojo deliberadamente porque en ellos resplandecen estas cualidades características del hombre literato, que son el dominio de la forma, la técnica del estilo, la gradación y justa disposición de los elementos; lo que podría llamarse la sabiduría literaria. En las grandes escritoras la imaginación prevalece sobre la inteligencia. Casi todas nos hablan en la descuidada forma confidencial de Santa Teresa. Abundan los diarios, las memorias, las autobiografías psicológicas. El fervor religioso o humanitario, el amor y la rebelión sentimental son los principales determinantes de la literatura femenina. El fervor religioso engendra la mística, la monja; el humanitarismo, la maestra, la hermana de la caridad, la mujer que se indigna ante la esclavitud como la señora Stowe en los Estados Unidos o ante la iniquidad de las leyes—la «redentora de presos» como Concepción Arenal en España. La rebelión sentimental produce la «mujer que quiere vivir su vida», alimenta la literatura de una Rachilde, de una Colette. Si el alma femenina—dice Simmel—«de temple hartamente diferente a la del hombre quiere expresarse en las mismas formas que éste, ha de resultar aquí, por una parte cierto desabrimiento y por otra la

chocante impudicia que en algunas poetisas brota como espontánea de la discrepancia entre su ser y el estilo tradicional del lirismo.»

De las reflexiones anteriores pudiéramos deducir que la mujer aparece como descentrada, como inasimilada en la obra de la cultura contemporánea. Pero en sus «diferencias» se vislumbran muchas posibilidades. Desde luego, esta situación de sometimiento que ella ocupa en nuestras artes y ciencias acaso sea transitoria y termine por descubrir su misión específica. Ya hay muchas actividades intelectuales que se han enriquecido y parecen cambiar de rumbo bajo la influencia de la mujer. Ciencias como la medicina y la psicología, que requieren una sensibilidad fina, cierto desdoblamiento espiritual que permita al médico y al psicólogo ponerse dentro de sus «casos», parecen indicadas para las mujeres. Ellas reaccionan con mayor prontitud a los estímulos exteriores y son más capaces de la flexibilidad e impersonalidad que exigen estas disciplinas. A la pedagogía moderna lleva la mujer las intuiciones maravillosas de su desarrollado instinto maternal. La historia también necesita intuición: «siendo la historia en cierto sentido una psicología aplicada, la índole femenina puede constituir la base de producciones muy originales.

La mujer, por serlo, contiene una mezcla de igualdad y desigualdad con el objeto histórico en proporciones distintas de las del hombre, por lo cual ha de ver distintas cosas que el hombre.»

No concluye aún el estudio de Simmel. Se anuncia una segunda parte que comentaremos oportunamente. M. P. S.

En torno al misterio de Juan Orth

Hace poco, en una de sus correspondencias la agencia americana de noticias «Associated Press» comunicaba la muerte de un individuo a quien se creía el famoso Juan Orth, nombre que tomó al abandonar el Palacio Real de Austria, el archiduque Juan Neporuck Salvador Habsburgo.

Brevemente resumida, la historia de este ser de sangre real es la siguiente: Juan Neporuck Salvador, archiduque de Austria, nació el 25 de Noviembre de 1852 en Florencia, (Italia), y fué el hijo menor del archiduque Leopoldo II de Toscana. Incorporado al ejército austriaco, llegó a obtener en él el grado de mariscal de campo y fué también comandante de una división. En 1878 tomó parte en la campaña de Bosnia. Un libro que escribió sobre cuestiones militares le puso en desgracia con la corte, debido a

lo cual se le destinó a la plaza de Linz. Su tentativa de ocupar el trono de Bulgaria no fué más feliz, y sólo obtuvo alguna fortuna al indicar como candidato al mismo, a su actual ocupante, el príncipe Fernando de Coburgo. Por último, el archiduque Salvador fué separado del comando de la tercera división de infantería, y en 1887 dejó el servicio activo.

Con esto entró a ocuparse de asuntos de marina y obtuvo su título de capitán mercante. Como continuara la tirantez de sus relaciones con el emperador Francisco José, en 1889 renunció sus derechos al trono y sus prerrogativas de nobleza, tomando el nombre de Juan Orth. Desde entonces comienza la parte legendaria de su vida, la que ha inspirado tan bellas páginas literarias a numerosos escritores de diversas lenguas.

Se sabe que en 1890 salió de Hamburgo para Buenos Aires en un buque de vela, llevando consigo a la celebrada actriz vienesa Frau Stubel. El viaje se realizó sin novedad; pero al tratar de continuarlo hasta Valparaíso, un temporal sorprendió al barco en las cercanías del Cabo de Hornos, y el velero se perdió. Por mucho tiempo dejóse de hablar del ex-archiduque.

Circularon, sin embargo, rumores de que él había sobrevivido al desastre de la nave. Hace no mucho, un viajero aus-

tríaco aseguró haberlo encontrado en una hacienda mejicana. Esta historia parece haber sido desmentida por la policía vienesa, la cual asegura que el archiduque Salvador de Austria, no es otro que un humilde vendedor callejero llamado Alberto Goebel, cuya muerte fué registrada en Viena, el 16 de Marzo de este año.

Esta afirmación de la policía vienesa, se basa no sólo en el testimonio de la viuda de Goebel, sino también en el de una antigua dama de compañía de la ex-corte de Austria. En efecto, Frau Elvira Stamfer asegura que conoció a Alberto Goebel por varios años, y que en cierta oportunidad éste le reveló su secreto, bajo la promesa de que jamás lo divulgaría mientras él viviera.

Queda aún otra persona que pretende haber estado en el secreto de la vida del misterioso archiduque. Se trata de un abogado vienés con quien Alberto Goebel habría consultado la conveniencia de anular la declaración de muerte civil del archiduque Juan Neporuck Salvador. El abogado en referencia, declara que si bien al principio estuvo muy incrédulo respecto a la afirmación de Goebel, de ser él el archiduque en persona, al fin tuvo que darse por convencido de que decía la verdad, gracias a muchas pruebas que le diera de su verdadera personalidad.

Hasta aquí la información que nos proporciona la «Associated Press». Por su parte, Hans G. Kramer en el número de la «Gaceta de Munich» correspondiente al 18 de Abril de este año, alude a esta «nueva leyenda habsburguesa», dándonos algunos datos sobre Goebel.

«A mediados del pasado mes de Marzo—escribe Hans G. Kramer—murió en Viena un anciano que había vivido en luctuosa indigencia, y sin embargo se rumorea, y aun se afirma con insistencia, que este pobre viejo fué un miembro legítimo de la dinastía de los Habsburgos. El finado se llamaba Juan Alberto Goebel, y su señora, algunos habitantes de casa y un abogado sostienen terminantemente que en él ha bajado a la tumba el archiduque Juan Salvador, que más tarde tomó el nombre de Juan Orth. Sabido es que el archiduque abdicó de todos sus títulos y prerrogativas como miembro de la familia imperante cuando, contra la voluntad de sus allegados, contrajo matrimonio con Milli Stubel, una linda burguesita de Salzburgo. Apenas había celebrado sus bodas se embarcó a bordo del «Santa Margareta» para emprender viajes de exploración. Nunca se volvió a oír nada ni del buque ni de su dotación o de sus pasajeros. Evidentemente se había hundido en la terrible tempestad

llamada de «Cambises», y el archiduque lo mismo que sus acompañantes pasaban por muertos.

El hombre que el 16 de Marzo falleció en la capital austriaca no reveló a nadie su identidad, y sólo hace cinco años la descubrió a su esposa, obligándola a observar un silencio sepulcral sobre este secreto. En efecto, nadie se enteró jamás del misterioso caso, aunque el matrimonio lo pasaba con la mayor estrechez y tenía que recurrir al comercio ambulante para ganar su mísero sustento. Los documentos del difunto estaban extendidos a favor de Juan Alberto Goebel, nacido en Mauer cerca de Viena; pero es muy cierto que el fenecido no era idéntico con este personaje, y que también su edad era muy otra que la que figuraba en esos papeles. Juan Orth habría cumplido ya 74 años, mientras el pseudo-Goebel no admitía para sí más que 59, pero su fisonomía delataba una edad mucho más avanzada.

La viuda de Goebel pretende haber conocido a su esposo el año 1901 en el distrito del Ruhr y haberse casado con él un año después. Goebel era entonces primer camarero y administró más tarde el restorán «Thaliatheater». Pero la empresa no floreció y en 1903 se trasladó el matrimonio a Frankfurt del Main. Al año si-

guiente marcharon los dos a Viena ganándose allí la vida como mejor pudieron. Las últimas palabras que Goebel dijo a su mujer cuando ya se aproximaba la muerte fueron: «Me han dicho que algún día llegaría a ser rey». De su vida pasada no hablaba nunca el difunto, y ni siquiera a su mujer ha referido su lance amoroso con Milli Stubel. Lo único que ha contado con algún pormenor fué la catástrofe en que se hundió el buque. Dijo que con el barco se había perdido toda la tripulación y que él fué el único que pudo salvarse a una isla, donde mujeres negras le hallaron y le dispensaron todos los cuidados posibles. Goebel se complacía mucho en hacer regalos en cuanto se lo permitían sus tristes circunstancias; pero él mismo no aceptaba nunca nada, ni siquiera un simple cigarrillo. Las gentes que le conocían le pintan como un carácter imperioso y prepotente, de modales huraños y muy taciturno. Su instrucción estaba muy por encima de lo vulgar, pues el difunto hablaba corrientemente las lenguas francesa, inglesa e italiana y entendía también el checo. Goebel leía muchísimos periódicos y libros y sabía taquigrafar. En cuanto al aspecto exterior no cabe duda de que su rostro presentaba

muchos rasgos típicamente habsburgueses. Sus facciones son resueltas e inteligentes y se refleja en ellas un concepto elevado de la vida y de las cosas humanas. En ningún caso es su fisonomía la de un mozo de café o de un buhonero. Ciertamente es un misterio rodea al muerto, sin que por eso se pueda considerar probada su identidad con Juan Orth».

Habría, pues, muerto ya el misterioso individuo que nació en la cuna de una de las dinastías más célebres de Europa, principalmente por el carácter fatal de su sino, el mismo que luego, según se dijo, había vagado por el mundo bajo el nombre de Juan Orth y que fué a terminar sus días en Viena llamándose Alberto Goebel.

¿Corresponden estos hechos a la realidad de la historia de este hombre, o tendremos que esperar aún más tiempo para saber qué ha sido del desventurado archiduque? Nadie sabría decirlo con certeza. Lo único que sí se puede asegurar es que, en el hondo misterio de Juan Orth, la nueva personalidad de ese Alberto Goebel muerto ha poco en Viena introduce un nuevo elemento de complejidad que contribuye a hacer más impenetrable la maraña. S.

Libros recibidos

E. RODRÍGUEZ MENDOZA; «*Santa Colonia*», novela chilena. Biblioteca Nueva, Madrid.

ISMAEL VALDÉS VALDÉS; «*Notas de Viaje*», Santiago de Chile.

ALICE LARDÉ DE VENTURINO; «*Alma viril*», Editorial Nascimento, Santiago, 1925.

ARMANDO MOOCK; «*Sol de amor*», novelas cortas. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1925.

PEDRO SIENNA; «*La Caverna de los Murciélagos*». Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1925.

Libros recibidos

2. FERNANDEZ VERRONZA - Santa Coloma, novela (Fund. Est. Hist. Nava, Madrid)

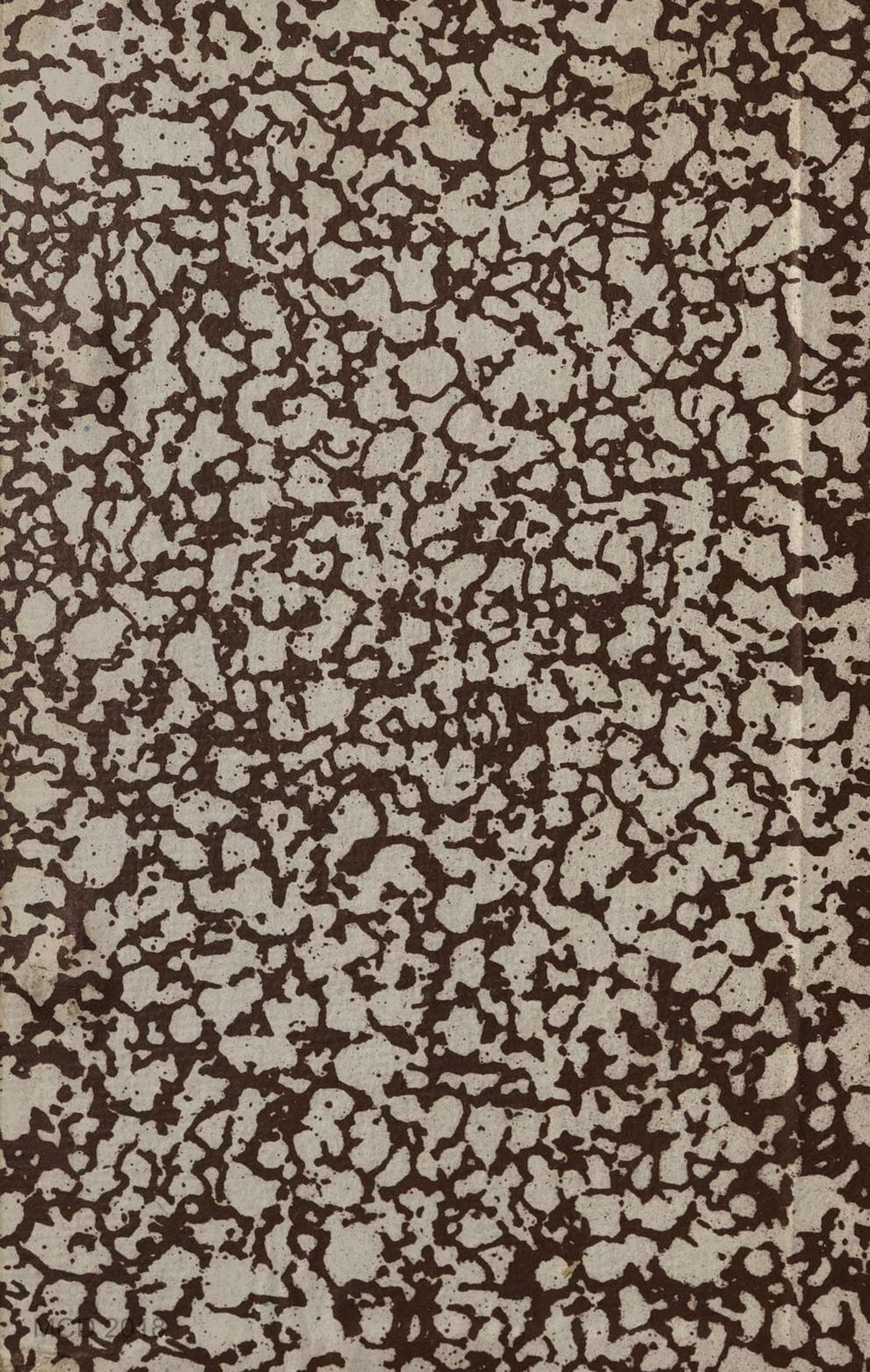
IGNACIO VALDES VALLERIE - Novela de 1918 - Santiago de Chile

MANUEL LARREA DE VENTURINO - Amor y vida - Editorial Navegante, Santiago, 1923

ARMANDO MOCK - Sol de amor - Novela (Editorial Navegante, Santiago de Chile, 1922)

FRANCISCO SERRA - La historia de los Alarcóns, Editorial Navegante, Santiago de Chile, 1922





周